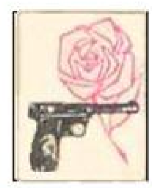


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El príncipe y la reina

En esta ocasión Brigitte no se ve obligada a emprender uno de sus largos y tortuosos viajes, sino que es enviada a Bridgeport, ciudad del estado de Connecticut que dista solamente cien kilómetros de la ciudad de Nueva York. Y además, ni siquiera es enviada a actuar como espía, sino como relaciones públicas de un príncipe asiático que está en América con el fin de firmar un tratado entre su país (el imaginario Tadún) y Estados Unidos.



Lou Carrigan

El príncipe y la reina

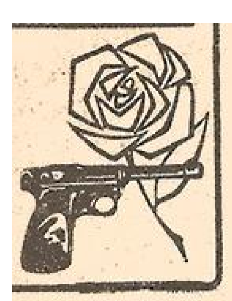
Brigitte en acción - 042

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo 1

Era absolutamente inevitable que todos los ojos estuvieran fijos en aquella escultura viviente que, con su bikini rojo, destacaba contra el cielo azul en lo alto de la palanca de saltos de la piscina. Y no sólo por lo espectacular que siempre resultaba un salto desde aquella altura, sino por la belleza de aquel cuerpo de piel dorada por el sol; cuerpo sobre el cual el bikini cumplía su misión lo más estrictamente posible…

La expectación creció cuando la bellísima mujer colocó los brazos horizontalmente hacia delante; luego se alzó sobre las puntas de los pies; después efectuó una suave y elegantísima flexión de piernas, y, de pronto, saltó hacia delante y arriba.

En el aire, el hermoso cuerpo femenino se convirtió en un destello de gracia y belleza, describiendo un mortal con rizado antes de hundirse en las transparentes aguas.

Cuando salió de la piscina, brillante como cristal el cuerpo dorado, y se dirigió con aquel caminar de bailarina clásica hacia la mesita colocada bajo uno de los policromos parasoles, las miradas de los demás bañistas continuaron fijas en la magnífica mujer.

Era imposible no admirarla.

Y el que más la admiraba era Frank Minello, que la esperaba de pie junto a la mesita, tendiéndole la toalla, con un gesto bobalicón en su viril y simpático rostro.

—Eres muy amable, Frankie —agradeció Brigitte.

—Brigitte, casémonos —gimió él—… ¡Casémonos enseguida! La divina espía lo miró cariñosamente, y sugirió:

—¿No te da lo mismo esperar a después del almuerzo?

—¡No! ¡Ahora! ¡Vamos ahora mismo a casarnos!

—Pero querido —rió ella—, sabes que tendríamos que esperar por lo menos tres días para la licencia, las pruebas de sangre…

—¡Vámonos a Las Vegas!

—Entonces sería todavía más tarde que si esperásemos a haber almorzado, amor —rió la espía universal.

—Te estás burlando de mí —se lamentó Minello.

Brigitte continuó secando su maravilloso cuerpo, como acariciándolo con la toalla, bajo la ávida mirada de su amigo.

—No me burlo de ti. Es sólo que sabes muy bien que jamás me casaré contigo.

—¿Por qué? —sollozó teatralmente Minello.

—Creo que te lo he dicho en varias ocasiones, pero te lo repetiré: no quiero casarme contigo porque te quiero.

—¿Eh? ¿Cómo…? ¿Qué… qué dices…?

—Soy una mujer insoportable, y no demasiado constante. Temo que no serías feliz a mi lado; sufrirías mucho. Te digo sinceramente que lo más hermoso que puedes tener de mí es mi amistad, este cariño que hace tiempo vengo entregándote. Estoy hablando en serio, Frank.

—Sí… Eso parece.

—No insistas más, entonces. ¿Has pedido mi martini?

—Sí, sí.

—Eres encantador.

Acabó de secarse, dejó la toalla en el respaldo de uno de los silloncitos de mimbre que rodeaban la mesita, y se sentó en otro, bajo la sombra del multicolor parasol. Encendió un cigarrillo, mirando a su alrededor con una sonrisita dulce, de espía en vacaciones. Una sonrisita que habría resultado increíble para cualquier persona que supiera que aquella muchachita de espléndido cuerpo y dulces ojos azules era capaz de meter seis balas en la barriga de un hombre en otros tantos segundos sin pestañear, sin perder aquella misma dulce sonrisa angelical.

La piscina estaba rodeada de mesas como la que ella ocupaba. Al fondo, el bar. Alrededor de todo esto las casetas de baño de aquella lujosa instalación deportiva en el centro de la ciudad de Nueva York. Se veían montones de chicas en bikini, y gran cantidad de muchachos atléticos que se dedicaban a nadar y a conseguir sonrisas de aquellas chicas, ninguna de las cuales hubiese podido competir con la divina espía en un concurso de belleza. El camarero llegó con una bandeja que contenía dos martinis. Sirvió uno a Brigitte, mortalmente fascinado.

—Un salto magnífico, señorita Montfort —elogió con pasión.

—¿Verdad que sí, Leslie? Apuesto a que ninguna otra chica de las que hay aquí es capaz de hacer lo mismo.

—Con toda seguridad que no. Es más, estoy seguro de que muchos hombres no se atreverían a tirarse desde ahí arriba. Yo mismo, por ejemplo. ¡Brrr…! ¡Me da vértigo sólo de pensarlo!

Brigitte se echó a reír. Pero la risa quedó bruscamente ahogada en su garganta cuando vio al personaje que se acercaba. La risa fue sustituida enseguida por una sonrisita irónica.

—Leslie, ¿no es cierto que en esta zona está prohibido permanecer vestido de calle?

—Así es.

—Pues bien, allá viene un pajarraco que se las está dando de listo, míralo. Te agradecería mucho que le prohibieses llegar hasta aquí a menos que se ponga un *slip*. Puedes venderle unos, o dejarle los tuyos.

—¡Dejarle los míos! —protestó el camarero.

—Yo te lo agradecería —le miró melosamente la divina espía.

—Ah… ¡Eso cambia la cuestión! ¿Es amigo suyo?

—Hum… Más o menos. Pero si quiere llegar hasta aquí que sea reglamentariamente. Oblígale. Es la norma de la casa, ¿no?

—En efecto.

—Magnífico, pues. Ah, y trae otro martini.

—Inmediatamente, señorita Montfort.

El camarero se alejó, y Brigitte simuló no mirar hacia allí. Lo vio discutir con el personaje vestido de calle, y luego casi soltó la carcajada cuando éste tuvo que salir de la zona de la piscina. Minello estaba riendo con gran alborozo.

—Eres de una crueldad espantosa, Brigitte —hipó.

—¿Tú crees? Pues lo cierto y verdadero es que me gusta que las personas cumplan las normas de los lugares que visitan… ¿Qué hay, Leslie?

El camarero, que se había acercado a ella nuevamente, señaló con un discreto movimiento de sus ojos hacia el bar.

—El caballero que usted me indicó no quiere ponerse mi *slip*, señorita Montfort. Le ruega que vaya usted al bar.

—Dile a ese caballero que éste es mi día de descanso, que me gusta estar junto a la piscina, y que no necesito ir al bar, ya que tú

eres tan amable de traerme cuanto te pido. Si quiere verme que venga aquí. ¿*Okay*, Leslie?

—Sí, señorita Montfort.

El camarero se retiró de nuevo.

Brigitte se dedicó a mirar a los bañistas, sonriendo, fumando su cigarrillo y bebiendo graciosamente sorbitos de su deliciosamente fresco martini.

Pocos minutos después Frank Minello interrumpía una frase para lanzar una exclamación de triunfo gozoso y malvado.

—¡Ahí viene! —Casi gritó—. ¡Y se ha puesto un *slip*!

La espía se volvió a medias, mirando con displicencia hacia la zona de bañistas, pero enseguida soltó una estentórea y espontánea carcajada que hizo sonreír a quienes la rodeaban, sentados a otras mesitas.

Y pocos segundos después Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, se colocaba junto a ella, ataviado con un horrendo *slip* y fruncido hoscamente el ceño.

—Ésta ha sido una broma sin gracia —gruñó.

—¡Pero tío Charlie…! ¿Qué está usted haciendo aquí? —se sorprendió con grandiosa hipocresía Brigitte.

—Debió venir al bar cuando el camarero se lo pidió.

—Oh, pero es que no le reconocí, tío Charlie. Me pareció que era un tipo… algo especial, uno de esos viejos verdes que hacen proposiciones deshonestas a las lindas muchachas desamparadas. De verdad que no le reconocimos. Incluso, Frankie quería ir a partirle la cara, ¿verdad, Frank?

—¡Está monísimo! —rió Minello.

—Pero un poco blanco color de leche —amonestó Brigitte—. ¿No estás de acuerdo, Frankie?

—¡Blanco color leche! —rió de nuevo el periodista deportivo.

—Y se le notan algunas costillas —indicó Brigitte—. Además, no puede decirse que su cuerpo sea precisamente un tratado de musculatura masculina… ¿Dónde dejó sus bíceps, tríceps y dorsales?

Charles Alan Pitzer se dejó caer en un silloncito de lo más estival, refunfuñando, hosco como nunca el gesto.

—Es una broma sin gracia —insistió—. Una de sus tontas bromas de su tonto sentido del humor, Brigitte.

—¡Pero qué blanco y delicado es usted de cuerpo, tío Charlie! La verdad es que esperaba que fuese usted un poco más… bizarro, más llamativo. ¡Pero si parece una viejecita pudorosa!

Brigitte sonreía pícaramente mirando con afecto burlón a su jefe directo en los servicios de espionaje. El camarero apareció, con el martini pedido, que sirvió a Pitzer a indicaciones de la espía. Pitzer pareció morder el vaso cuando bebió el primer sorbo de aperitivo. Brigitte le encendió un cigarrillo y se lo colocó cariñosamente entre los labios.

—Mi querido tío Charlie… ¿Tanto calor tenía que ha decidido venir a este lujoso lugar a darse un buen baño refrescante?

—Déjese de tonterías. Y dígale a este gorila amaestrado que deje de reír. Y que se marche. Frank Minello adelantó agresivamente su temible barbilla.

—Oiga, tío Charlie de los demonios… —empezó.

—Es mejor que vayas a dar una vuelta, Frankie querido —sugirió Brigitte—. Ya te llamaré. Hasta entonces procura divertirte. No me molestará que conquistes alguna de esas bonitas chicas que se pasean por delante de ti en bikini. Tienes mi permiso.

—Nada más faltaría eso —gruñó Minello.

Se puso en pie y se alejó, evidentemente disgustado, si bien comprendía que lo que Brigitte y Pitzer tuviesen que hablar era mejor no saberlo.

—Bien, ¿de qué se trata? —inquirió la divina.

—Una misión.

—Oh. Creí que iba a hacerme un regalo.

—¡Déjese ya de bromas estúpidas!

—No sea descortés, tío Charlie. Yo no tengo la culpa de que su cuerpo no sea como el de Frankie. ¿Por qué no hace un poco de gimnasia? Hay métodos que a cualquier edad consiguen grandes resultados y…

—Brigitte: ¿hablamos ya en serio?

—De acuerdo —suspiró ella—. ¿Adónde va a enviarme esta vez?

—Muy cerca de aquí: a Bridgeport.

—¿A Bridgeport? —Parpadeó incrédula Brigitte—. ¿Se refiere a la ciudad de Bridgeport, del vecino estado de Connecticut?

—Me refiero exactamente a ese lugar, que dista de Nueva York solamente unos cien kilómetros. Distancia que podrá recorrer usted

por la Nacional 1 en poco más de una hora.

—Asombroso. Parece que estoy perdiendo categoría. La última vez me enviaron a darme una vuelta por Europa…, en un viaje de placer[1]. Fue muy divertido.

—No sea irónica. Cada agente tiene que cumplir un cometido, y ese cometido no siempre va a ser divertirse. La última vez usted lo pasó mal, pero en esta ocasión le aseguro que la misión es… Bueno, digamos como una especie de vacaciones.

—Ya —entornó los ojos Brigitte—… Ya, ya. Eso es exactamente lo que me dijo *Mr*. Cavanagh cuando me envió nada menos que a Moscú con el dichoso microfilme.

—Sí, ya sé… Bueno, pero esta vez sólo va a cien kilómetros de aquí. Y no va como espía.

—¿No? ¿Cuál será mi trabajo esta vez?

—Digamos… Sí, su trabajo será de *public relations*.

—¿Relaciones públicas? —Se pasmó Brigitte—. ¿Tengo que agasajar a algún ministro gordo y calvo pero importante?

—No, no… Se trata de un príncipe joven.

Ahora Brigitte quedó realmente boquiabierta, muda de pasmo durante unos segundos antes de poder tartamudear:

—¿Un… príncipe? ¿Un príncipe… de verdad?

—Un auténtico príncipe asiático.

—¡Zambomba…, como diría Frankie!

—Tiene veintidós años, y parece que es una persona cordial, simpática, amable… Posee una clara inteligencia, habla varios idiomas, y es en verdad culto, un admirador de Occidente. Se llama Chong Ao Ben.

—¿El príncipe reinante de Tadún, ese pequeño estado junto a la frontera china? —exclamó Brigitte.

—Sí. Observo que está al corriente de la…

—Un momento, tío Charlie —cortó secamente Brigitte—. ¿Qué es lo que tengo que hacer yo junto a ese príncipe?

—Ya se lo he dicho. Es de suponer que el muchacho se encontrará un poco… desorientado en un país cuyas costumbres, forzosamente, debe de desconocer en buena parte. Entonces hemos pensado que él y sus acompañantes precisan de alguien que los oriente…

—¿Por qué no un hombre? Tenemos en la CIA agentes que sin

duda hablan el idioma del príncipe Chong Ao Ben.

—Por supuesto. Pero ya que el príncipe y sus acompañantes hablan inglés…

—¿Qué ha venido a hacer ese príncipe a Estados Unidos? ¿Y por qué no se le ha recibido formalmente, llevándolo invitado a Washington en lugar de dejarlo en Bridgeport?

—Oficialmente el príncipe Chong Ao está de vacaciones en las Bahamas.

—¿Y extraoficialmente?

—Pues… Bueno, extraoficialmente está en Bridgeport, Connecticut, USA.

—¿Con qué objeto?

—Bueno, es una misión delicada la de ese príncipe…

—Lo supongo. Pero supongo también que tengo derecho a saberlo. ¿Qué ha venido a hacer Chong Ao Ben, príncipe reinante de Tadún, a los Estados Unidos de América?

—Tiene que entrevistarse con el presidente.

—¿Con quién? —exclamó Brigitte.

—Sssst… Con el presidente.

—¿Con nuestro presidente? ¿Con *Mr*. Johnson?

—¿Acaso hay otro? —Gruñó Pitzer.

—Pero… no entiendo… ¿Qué es lo que pasa?

—Esa reunión entre Chong Ao Ben y nuestro presidente ha de mantenerse en secreto hasta el momento oportuno. Usted deberá permanecer junto a Chong Ao Ben y esperar ese momento. Ya será avisada del momento en que el señor presidente puede recibir al príncipe. Deberá ser lo más pronto posible, desde luego. Una visita privada y secreta, en la cual es posible que se encuentren soluciones a algunas cuestiones… interesantes e importantes.

—¿Qué cuestiones?

—No sé exactamente. No crea que han sido muy explícitos conmigo. Entendí que el contacto se había iniciado por medio de uno de nuestros mejores agentes en Oriente…

—¿«Dragón Rojo»?

—Exacto. Nuestro agente Dragón Rojo consiguió llegar hasta Chong Ao Ben, en el mismísimo palacio de Kaphan, la capital de Tadún… Parece ser que Dragón Rojo consiguió convencer a Chong Ao Ben para que estudie las proposiciones norteamericanas respecto

a la instalación de bases militares nuestras en su país.

—¿Es… una broma? —Casi se quedó sin aliento Brigitte.

—Yo no tengo tanto sentido del humor como usted, querida niña. Es todo auténtico. Y muy serio, como comprenderá. Tal como están las cosas para nosotros en Asia, conseguir que uno de esos países autorice la instalación de bases norteamericanas sería un triunfo rotundo. Se tiene la esperanza de que incluso lo de Vietnam perdería automáticamente su importancia, su sentido de ser. Unas bases de fuerzas nuestras en Tadún solucionaría muchos problemas a Estados Unidos y haría comprender a los demás países que nuestra posición allá, en Asia, es cada vez más firme y siempre en son de paz.

—¿Y Chong Ao Ben ha venido a firmar el tratado por medio del cual Estados Unidos conseguiría esas bases militares?

—Parece bien dispuesto a hacerlo.

—Santo cielo… ¡Ése es un gran triunfo para Dragón Rojo!

—La CIA tiene buenos agentes, hay que admitirlo.

Brigitte asintió con la cabeza, mirando irónicamente a Pitzer mientras decía:

—Muy buenos… Sin embargo, lo mismo los utilizan para cosas importantes que para darle conversación a un príncipe. ¿Cree que este trabajo es digno de una agente de mi categoría?

—Pues… Bueno, no se sabe… Pensamos que, por si surgen complicaciones, siempre es mejor que el agente que acompañe al príncipe esté capacitado para… resolverlas por propia iniciativa.

—Es decir que lo que la CIA desea precisamente es que sea uno de sus mejores agentes quien esté junto a Chong Ao Ben… ¿Por qué no admite que le han ordenado que disponga de su mejor agente…, y que me ha elegido a mí… como siempre?

—Es usted muy jactanciosa —gruñó Pitzer.

—Y muy peligrosa…, cosa que usted sabe muy bien, querido mío. De acuerdo: custodiaré a Chong Ao Ben como si fuese una joya de las que a mí me encantan. ¿Lo vigilará alguien más?

—Chong Ao Ben, en Bridgeport, es solamente uno más de los hijos de un rico maharajá de la India que ha venido a Estados Unidos a aprender algunas cosas y a divertirse un poco. No procede una escolta… en serio. Al menos, en apariencia. En cambio, despertará simpatías que el joven se haya buscado una… secretaria

para sus relaciones públicas mientras dure su estancia en nuestro país.

—Y luego el príncipe se enamorará de la secretaria, pero como no podrá casarse con ella por razones de raza, religión y demás, le regalará un hermoso rubí y se despedirá de ella con lágrimas en los ojos… Y regresará a su país, solo y triste, mientras la secretaria, llorando también, quedará convencida de que jamás, jamás, jamás podrá amar a otro hombre…, a menos que le regale otro rubí más gordo que el anterior.

Pitzer no pudo contener una carcajada.

—Si ya ha terminado de argumentar una novela será mejor que se ponga en marcha.

—¿Cree que Chong Ao me regalará un rubí muy gordo?

—En Bridgeport tendrá que llamarlo Kalmar. Y nada de tratamientos de príncipe. Cuando el presidente pueda recibirlo discretamente en Washington enviarán un avión a por ustedes dos. Es decir, supongo que sólo a por el príncipe, el cual será recogido por hombres de la escolta privada del presidente y llevado al lugar de la reunión. Si llegan a un acuerdo se firmará el tratado, y Estados Unidos tendrá bases militares nada menos que en la frontera de China comunista. Si no se llega a un acuerdo, cosa que dudo, ya que tenemos mucho interés en conseguirlo, el príncipe regresará secretamente a las Bahamas, acabará oficialmente sus vacaciones, y regresará a su país. Y aquí no ha pasado nada, ni nadie se ha enterado de nada.

—Okay. Pero dígame: ¿cree que el príncipe me regalará un rubí así de gordo?

—¿Por qué no se lo pregunta a él cuando lo vea?

—Es una buena idea. ¿Tendré algún Simón cerca de mí, presto a ayudarme si surge algún momento de apuro?

—Por supuesto. Ya conoce la frecuencia radial establecida para estos casos, así que lleve su radio y llame si necesita algo. El Simón de turno se pondrá en contacto con usted del modo más conveniente si le pidiese algo importante. Ah, el príncipe Chong Ao Ben está alojado en el Yellow Mill Hotel, que es, naturalmente, el mejor de Bridgeport. Para evitar ser reconocido siquiera fuese casualmente se ha dejado crecer la barba y procura no mostrar demasiado abiertamente su rostro en público. Se están adoptando

todas las precauciones posibles, Brigitte… Espero que usted se ponga a la altura de las circunstancias.

Brigitte alzó graciosamente las cejas.

—Es usted divertidísimo, tío Charlie… ¿Alguna vez no he estado yo a la altura de las circunstancias? Y otra cosa muy importante: ¿qué tal es ese príncipe?

—Supongo que lo encontrará atractivo —gruñó Pitzer, poniéndose en pie—… Adiós, querida.

—¡Cómo! ¿No se da usted un bañito?

—Ya me duché esta mañana. Buenas suerte.

—Adiós, antipático. Y tenga cuidado, no vaya a resfriarse.

Pitzer soltó otro gruñido y se alejó. Brigitte quedó sonriente pero pensativa unos pocos segundos. Luego abrió su bolsa playera, sacó un diminuto bolígrafo de tinta roja, y escribió en un lado del paquete de cigarrillos:

> *Nos veremos cualquier día, Frankie. Tengo que ir a cuidar a una tía anciana en Singapur. Te deseo suerte con esa chica del bikini verde… Por cierto: el bikini es horrible. Y la chica también. Besos.*
>
> *Brigitte*

Recogió sus cosas, se puso en pie, y se alejó caminando con aquella gracia que ninguna otra mujer podría conseguir jamás. Ella era Brigitte Montfort, la divina espía…

Y la estaba esperando un príncipe.

Capítulo 2

El príncipe Chong Ao Ben era un buen jugador de tenis.

Nada excepcional, pero sí efectivo, duro, ágil. Frente a él, al otro lado de la red, un gigante de tez cetrina corría de un lado a otro de la pista esforzándose en recoger aquellas dificilísimas pelotas sudando copiosamente.

Cerca de un extremo de la red había algunas mesitas dispuestas para quienes optasen por contemplar los partidos cómodamente sentados y tomando alguna bebida. En una de esas mesas había un hombre tan alto y fuerte como el que contendía dificultosamente con el agilísimo príncipe Chong Ao; y junto a este hombre, otro que en nada se parecía a los dos gigantes, excepción hecha del clásico color de la piel olivácea.

Este último personaje era menudo, llevaba barbita de chivo algo canosa ya, y usaba lentes cuyos cristales tenían una extraña tonalidad morada, o quizás azul. Vestía a la europea, pero en su cabeza destacaba el turbante con un alfiler en el pliegue mostrando una hermosa esmeralda del tamaño de una nuez, y que, obviamente, no era una imitación. Como tampoco eran imitaciones las piedras que brillaban en los anillos colocados en sus finos dedos aristocráticos, un tanto huesudos. Los labios del hombre eran algo gruesos, y aunque se estiraban en una sonrisa de complacencia ante el juego del príncipe había en ellos algo de… cinismo, de repugnante, debido precisamente a la sonrisa, húmeda, brillante, como golosa…

Y a este hombre precisamente, mientras el príncipe Chong Ao se dedicaba a jugar al tenis, se acercó un camarero del hotel quedando a su lado inmóvil, a la espera, hasta que el hombre de la esmeralda como una nuez se dignó mirarlo con una interrogación en los ojos. El camarero se inclinó y musitó algo cerca del oído del personaje; éste frunció el ceño, asintió luego con la cabeza y se puso en pie,

tras decir unas palabras en su idioma al hombre que estaba con él en la mesita de la pista. Luego se fue en seguimiento del camarero, que lo llevó hasta el vestíbulo del hotel tras recorrer la zona de recreo instalada en la parte de atrás. Ya en el vestíbulo el camarero señaló hacia uno de los sillones y se alejó.

El personaje de la esmeralda veía únicamente unas piernas, ya que el sillón estaba de lado con respecto a él, y era de respaldo alto y amplio. Sin embargo, aquellas piernas ya lo decían todo a un hombre como él, que entendía de mujeres. Eran las piernas más perfectas que había visto jamás, de piel suave, de un tono dorado brillante, y cruzadas una sobre otra con una gracia y elegancia inigualables. Lo demás, por desgracia, seguramente no correspondería a tan bellas piernas, cosa que sucedía con frecuencia: a bellas piernas cuerpo vulgar; y a cuerpo bello, piernas más bien feas… Todas las mujeres que el personaje de la esmeralda había conocido en todas las partes del mundo le habían defraudado en uno u otro sentido…

¿Cuál sería el defecto de la mujer que poseía tan excepcionales piernas?

Rodeando el sillón se colocó de pronto frente a ella, iniciando un saludo con la cabeza y con la palabra:

—Señorit…

Su cabeza quedó inmóvil, lo mismo que su lengua. El personaje de la esmeralda en el turbante quedó petrificado y mudo, porque, por fin, veía una mujer que lo tenía todo hermoso: los ojos, el cuello, los senos, los hombros, la nariz, la boca, las manos, las piernas, las orejas… Todo.

Los resplandecientes ojos azules quedaron fijos en él, irónicos y amables al mismo tiempo.

—¿Decía algo, señor? —inquirió la dulce voz.

—Señorita Montfort, el camarero me ha dicho… Perdóneme, no quisiera equivocarme: ¿es usted la señorita Montfort?

—En efecto.

—Mi nombre es Imago Chio, y soy… acompañante de… Kalmar. ¿Puedo sentarme a su lado?

—Por supuesto, señor Imago Chio —casi rió la divina.

Imago Chio acercó un sillón, pero no para sentarse junto a Brigitte, sino delante mismo, sin esforzarse demasiado en ocultar la

profunda admiración que sentía ante aquellas fantásticas piernas.

—Entendí que quería sentarse a mi lado, no delante —dijo divertida Brigitte.

—Oh, bien… Sucede que me gusta observar de lleno el rostro de la persona con la que hablo… Entiendo, señorita Montfort, que usted ha llegado al hotel preguntando por Kalmar.

—Y yo supongo que ustedes me estaban esperando, señor Chio.

—Sí… Es decir, estábamos esperando a una persona sobre cuya identidad no teníamos… una exacta idea.

—Yo soy esa persona. Espero que no se sienta disgustado… o decepcionado.

—No, no. Sin embargo, tengo que admitir que sí estoy sorprendido. Sus… características no me parecen las más… adecuadas para, en determinado momento, hacer frente a una posible situación enojosa.

—Señor Chio: las mujeres norteamericanas somos distintas a las de su país. Y fíjese que no digo mejores, sólo distintas, y ello por una cuestión de… educación, ambiente y oportunidades. En general podemos hacer casi lo mismo que cualquier hombre. En ese sentido puede estar tranquilo conmigo. Soy… ¿cómo se lo diría?… una mujer de armas tomar.

—¿De armas tomar?

—Digamos, para dejarlo muy claro, que soy una mujer muy peligrosa.

—Ah, ya.

—Pero, como comprenderá, yo no he venido aquí a demostrar eso, sino a servir de guía a su… pupilo. Para todos yo seré una especie de secretaria que ustedes han solicitado a una agencia. Dicha agencia ha enviado a una señorita que cumplirá a la perfección los requisitos de *public relations* del hijo del maharajá. Eso no despertará sospechas, y, al mismo tiempo, su pupilo estará bien protegido por mí.

Una desagradable sonrisa apareció en los labios de Chio.

—Así lo espero, aunque, francamente, le diré que me cuesta creerlo. Pero aceptaré su seguridad en sí misma…, en cuanto usted se haya identificado como la persona que estamos esperando.

—Apruebo su cautela. Le diré unas pocas palabras, y espero que quede convencido. Éstas son las palabras: bases militares en Tadún,

un agente de la CIA llamado Dragón Rojo, un príncipe llamado Chong Ao Ben, unas vacaciones en las Bahamas, una escapada a Estados Unidos, una entrevista con el presidente de este país, un…

Imago Chio, la interrumpió, nervioso, mirando alrededor.

—Suficiente… Suficiente, señorita Montfort.

—Nadie nos está escuchando —sonrió la divina.

—Nunca se sabe… ¿Cuándo podremos ver al presidente?

—Lo ignoro —alzó las cejas Brigitte, con gesto de censura—. Y creo que no debe usted impacientarse.

—Oh, claro… Bien, el caso es que nuestra posición aquí puede ser peligrosa en cualquier momento. Llegamos ayer al mediodía a Bridgeport, mientras todo el mundo cree que estamos en Nassau… Comprenda nuestra impaciencia por solventar este asunto.

—Mis órdenes son esperar la llamada, señor Chio. No puedo decirle otra cosa, porque sólo eso sé. Eso y que, mientras esperamos esa llamada, yo debo ser la… secretaria de su pupilo, el joven Kalmar. En cuanto me avisen a mí yo les avisaré a ustedes para que partan de inmediato hacia Washington.

—Entiendo. ¿Usted recibirá órdenes directamente?

—Se me notificará lo que tengo que hacer cuando llegue el momento de hacerlo. Y yo lo notificaré a ustedes. Una entrevista de esa clase no puede llevarse a cabo a la ligera y de cualquier modo, sino que debe ser bien preparada, con toda discreción… Espero que esté de acuerdo conmigo.

—Sí, sí, por supuesto… Ahí viene Kalmar.

Brigitte había visto ya al príncipe Chong Ao Ben entrando displicentemente en el vestíbulo, procedente de las instalaciones de recreo. Estaba un poco sudoroso, pero no parecía cansado en absoluto. Medía metro ochenta, tenía los hombros muy anchos, y las piernas finas y bien musculadas, sosteniendo sobre la prieta cintura el poderoso torso. Su rostro era clara y decididamente asiático, así como el color de su piel, pero caminaba con la soltura de un hombre acostumbrado a frecuentar todos los ambientes. Tenía los ojos muy alargados, de un negro brillante, y los dientes muy blancos; una barba espesa, negrísima, ocupaba la mitad inferior de su rostro interesante y varonil.

Y detrás de él llegaban los dos macizos gigantes, siempre vigilantes, manteniéndose a respetuosa distancia pero sin dejar

concebir la menor duda respecto a que velaban por la seguridad o el bienestar de su joven amo.

Chong Ao captó la seña de Imago Chio, y se acercó a él pero mirando aquel rostro de mujer que se asomaba por un lado del sillón para verle mejor, sin intentar ocultar su curiosidad. Cuando el príncipe se detuvo junto a ambos, Imago Chio, puesto en pie, señaló a la divina espía.

—Ella es Brigitte Montfort —murmuró—, la persona que estábamos esperando, Alteza. Señorita Montfort, le presento al príncipe Chong Ao Ben.

Brigitte sonrió, alzando una mano hacia el asiático.

—¿Cómo está, Alteza? —se interesó dulcemente.

Chong Ao se inclinó, tomó la mano de Brigitte, y la besó.

—Es usted muy bella —dijo con voz queda—. Celebro que la hayan enviado en lugar de un hombre. Será más… placentero. ¿Sabe jugar al tenis?

—Yo sé jugar a todo. Alteza.

—¿De veras? —Chong Ao se sentó en el sillón que le cedió Imago Chio—. Me parece maravilloso. Pero a mí me gusta el tenis, como deporte… ¿Entiende de mariposas?

—¿De mariposas?

—Sí, sí. ¿Nunca se ha dedicado a coleccionarlas?

—Pues no.

—¡Son tan delicadas…! El polvo de sus alas parece seda molida, y sus colores son tan bellos como los del arcoiris… ¿Puede creer que siempre lamento tener que pincharlas para colocarlas en los tableros de mi colección?

Brigitte miró desconcertada a Imago Chio, que encogió los hombros en un gesto de impotencia. La espía regresó su mirada al príncipe.

—Realmente es lamentable tener que… matar las mariposas, Alteza. Pero eso tiene una solución muy simple: no las coleccione.

—¡No coleccionarlas! Oh, no, no… Debo hacerlo, señorita Montfort. Las mariposas son lo más delicado que existe. En mi país hay gran variedad de ellas, en la tierras bajas… A veces me digo que no debo apresarlas, y entonces leo a Rabindranath Tagore, tumbado al sol, junto a un surtidor, escuchando el murmullo del agua o mirando la nieve en las lejanas montañas… ¿Ha leído usted

El Libro Del Consuelo Divino?

—Temo que no, Alteza.

—Lamentable. Es bien cierto que Eckehart dice en ese libro cosas maravillosas.

—¿Eckehart? Ese nombre no me parece indio.

—Es alemán —sonrió sorpresivamente Chong Ao Ben—. Pero eso no importa en absoluto. Los buenos pensamientos, los bellos pensamientos, son universales. También Buda tuvo muy buenos pensamientos… Pero volvamos al Libro Del Consuelo Divino, de mi admirado Eckehart… ¿Sabe quién fue Eckehart?

—No.

—Nació en mil doscientos sesenta, en Hocheim… Bien, eso sería largo de contar. Pero le diré una de las muchas cosas sabias que dijo Eckehart… En cierta ocasión un hombre le dijo que desearía que el alma de Eckehart estuviese en su cuerpo. Y Eckehart replicó: «En verdad eso sería una locura; tan poco podría hacer mi alma en vuestro cuerpo como la vuestra en mi cuerpo; ningún alma podría realizar sus operaciones propias más que en el cuerpo al que está destinada…». ¿No le parecen unas bellas palabras?

Brigitte se daba perfecta cuenta de que Imago Chio la miraba con una sonrisita irónica. Se limitó a parpadear, como leve esfuerzo para salir de su estupefacción.

—Sí, por supuesto, Alteza: son unas bellas palabras.

—Ciertamente. Entonces, yo creo que las mariposas tienen alma, y que ninguna alma puede ser tan bella como la de una mariposa… Y las cazo, pero no veo sus almas… Sólo sus colores… Son bellos, pero detesto matarlas porque no hay nada peor que liberar un alma antes de que haya llegado su auténtica hora de la liberación. Por eso a veces lloro y me digo a mí mismo que soy cruel y malvado, ya que nada hay peor que matar, que usar de la violencia o de la fuerza… ¿No está de acuerdo conmigo?

—Oh, sí… Sí, sí.

—Alteza —murmuró Imago Chio—, sería conveniente que os ducharais ahora. Un resfriado podría resultar peligroso, o, por lo menos, molesto.

Chong Ao Ben miró afectuosamente al personaje.

—Es cierto, mi buen Imago. Iré a ducharme —miró de nuevo a Brigitte—. ¿Nos veremos pronto, señorita Montfort?

—Sí… Claro, Alteza. A partir de este momento estoy a su disposición… para todo.

—Hablaremos de mariposas, de nieve en las montañas, de los grandes pensamientos… He traído algunos libros, y será un placer para mí leerle los pasajes más significativos. Ha sido un gran placer conocerla.

—Lo mismo digo. Alteza.

—Imago se ocupará de que la instalen cómodamente.

Chong Ao Ben se alejó, seguido de los dos gigantes, cuyos nombres mencionó Imago Chio.

—Ellos son Tao y Magong, señorita Montfort. Espero que haya comprendido que darían su vida por el príncipe.

—Por supuesto. Lo que no he comprendido… Bueno, creo que el príncipe es algo extraño, ¿no?

—Así suceden las cosas en la vida. Un hombre como él, con un cuerpo poderoso, tiene el alma y la mente débil. Supongo que ha quedado usted ligeramente sorprendida.

—¿Ligeramente? —exclamó Brigitte—. Bueno, yo creo que ésta ha sido una de las sorpresas más grandes de mi vida. Esperaba conocer a un hombre recio, viril, incluso un poco duro, desconfiado, y conozco a un muchacho que habla de los delicados colores de las mariposas, de su alma, de un filósofo alemán, de Buda, de la repugnancia por la violencia…

—Afortunadamente Chong Ao me tiene a su lado —deslizó Imago Chio significativamente—. Y en estas circunstancias es poco probable que alguien pueda engañarlo.

—Entiendo —sonrió Brigitte—: usted es la mente fuerte en el cuerpo débil. ¿No es así, señor Chio?

—Me ocuparé de su alojamiento en el hotel…

—Ya solucioné yo eso por mí misma, y subieron mi equipaje. Si me necesitan con urgencia estoy en la *suite* 22.

—Y Su Alteza en la 18. Me parece acertada esa proximidad.

—¿Cuál ocupa usted?

—La 19, enfrente de la de… Kalmar. Y Tao y Magong ocupan la 20. Nos veremos para la cena, señorita Montfort. A las siete y media.

—De acuerdo.

—Con su permiso…

Imago Chio saludó con un inclinación de cabeza y se alejó. Entonces Brigitte pudo mirar con más libertad hacia el hombre que, sentado en una butaca en un rincón, leía un periódico, pero que con tanta frecuencia había estado mirando hacia ellos posiblemente creyendo que nadie se percataba de esa discreta vigilancia. Era un hombre alto, de hombros poderosos, mandíbula recia y ojos oscuros un tanto irónicos. Estaba muy bronceado, y producía la impresión de un atleta en reposo.

Y al mismo tiempo otro hombre se acercaba sonriendo a Imago Chio y le decía algo. Un hombre rubio, de buenos modales y muy bien vestido, pulcro, elegante, joven. Imago Chio movía negativamente la cabeza, y el hombre, sin perder la sonrisa, pareció insistir. De nuevo negó Imago Chio, y se alejó bastante irritado. El hombre rubio quedó un tanto consternado por su parte. De pronto miró a Brigitte, sonrió, y se acercó a ella. La miró como si jamás hubiese visto nada igual, y exclamó:

—¡Que me maten si usted no es americana!

—Soy americana —sonrió Brigitte.

—¿Puedo invitarla a algo?

—¿Por qué?

—Pues… Bueno, los dos somos americanos, ¿no?

—Creo que hay muchos americanos en Estados Unidos. Sobre todo norteamericanos, señor…

—Roscoe Lemans, a sus pies. Lindos pies, lo juro.

—Con deditos y todo —rió Brigitte—. ¿Puedo saber qué es lo que pretende usted, señor Lemans?

—Nada deshonesto. En primer lugar invitarla a un trago de lo que quiera. ¿Acepta? Si no acepta no le diré qué otra cosa pretendo.

—Entonces tendré que aceptar —volvió a reír Brigitte.

—¡Magnífico! —Roscoe Lemans se volvió, hizo una seña de pedido a un camarero alzando los dedos y moviendo los labios formulando la palabra *whisky*, y se sentó ante Brigitte—. ¿Fuma usted, señorita…?

—Montfort. Brigitte Montfort. No, gracias. Estoy esperando su explicación, señor Lemans.

—¿Usted tiene algo que ver con esas gentes de turbante?

—Soy su public relations. ¿Y bien?

—¡Magnífico! ¡Mil veces magnífico! Pero… ¡no me diga que

usted vive en la India!

—No, no. He sido contratada para ayudarles mientras permanezcan en Estados Unidos; ellos se irán… y yo me quedaré.

—Bendita sea mi suerte. Haremos negocio. Claro que lo de bendecir mi suerte no lo he dicho pensando en el negocio, sino en que usted va a quedarse.

—Muy amable, señor Lemans. Pero dígame: ¿a qué se está refiriendo exactamente?

—Soy vendedor de coches.

—¡Oh, no!

—Y he pensado que podemos venderle un lujoso automóvil a esos tipos del turbante.

—¿Podemos?

—Ya he hablado ayer y hoy con el tipo de los lentes color cristal de botella, pero no hay nada que hacer. Es muy duro de pelar. Sin embargo, si usted me ayuda podemos colocarle un bonito Chrysler, por ejemplo. Y nos repartimos la comisión, que no será inferior a los tres mil dólares, se lo aseguro.

El camarero llegó con los dos *whiskies* pedidos, y los colocó en la mesita tras apartar un par de periódicos. Brigitte miró a Roscoe Lemans beberse el suyo de un trago, y entonces ella probó un sorbito… Después, y ya lejos el camarero, se quedó mirando con irónica curiosidad al vendedor de automóviles de lujo.

—Señor Lemans, tengo por norma respetar cualquier actividad humana, y la de vender coches me parece tan respetable como otra cualquiera. Sin embargo, temo que no he… nacido para eso. Y le aseguro que no necesito esa comisión.

—¡Son mil quinientos dólares!

—En la Universidad de Columbia también enseñan Matemáticas, señor Lemans. Para mí es fácil, pues, sacar porcentajes y dividirlos por la mitad. Pero teóricamente nada más. En la práctica me parecen más simpáticas otras actividades.

—No he pretendido ofenderla —musitó Lemans.

—No lo ha hecho. Es sólo que mi respuesta a su proposición es NO, y le ruego que NO insista.

—No insistiré. ¿Qué le parece si cenamos juntos?

—En otras circunstancias posiblemente aceptaría. Hoy temo que mi respuesta es NO.

—Su respuesta es negativa muy a menudo.

—Lo lamento. Creo que voy a retirarme ya. Muy agradecida por el *whisky*.

Roscoe Lemans era un muchacho simpático, sin duda, y su comprensión era rápida. Era tenaz, pero parecía saber cuándo debía retirarse. Se puso en pie, sonriendo.

—Espero no haber hecho o dicho nada que impida que seamos amigos —murmuró.

—Me encanta tener amigos en todas partes. Es como una compensación por los muchos enemigos que una se crea a veces.

—¿Enemigos usted? ¡Ésta sí que es una buena broma!

—¿Verdad? Buenas tardes, señor Lemans.

—Buenas tardes. Espero que volveremos a vernos.

—La vista de ambos es buena, y ninguno de los dos somos invisible.

Roscoe Lemans sonrió una vez más, se llevó dos dedos a la frente en una parodia de saludo militar, y se alejó. Brigitte encendió entonces un cigarrillo, pensativamente, mirando de reojo hacia donde antes había visto al otro hombre, al atleta en pleno reposo. Continuaba allí, leyendo el periódico como si nada más tuviera importancia en el mundo. Y en aquel momento, posiblemente convencido de que Brigitte iba a dedicarle su atención, no la miraba; parecía en verdad completamente inmerso en la lectura del periódico.

Tras una mirada veloz a su alrededor Brigitte sacó de su bolso un fino pañuelo rojo, con el cual tomó el vaso en el que había bebido Lemans su *whisky*; pañuelo y vaso fueron a parar al bolso. Acto seguido la espía se puso en pie y fue al mostrador de recepción, donde pidió su llave.

—Por favor, la veintidós.

Se la entregaron, dio las gracias con una sonrisa, y se dirigió al ascensor. Se apeó en el segundo piso, pensando que aquel hotel, como los demás, debería tener puesto el centenar delante del auténtico número de cada *suite*, es decir que la suya habría sido entonces la 222. Pero no era así, y no había que darle vueltas. Lo que sí daba vueltas en su cabeza era la personalidad del tal Roscoe Lemans. Obviamente ella tenía que desconfiar de aquel vendedor de automóviles. Y también le parecía digna de ser tenida en cuenta la

presencia del deportista en vacaciones. Dos tipos interesantes, ninguno de los cuales, quizás, era ajeno a la presencia allí del príncipe Chong Ao Ben. Una vez más comprendió que Pitzer la había enviado a ella a aquel lugar porque, indiscutiblemente, se requería la presencia de un agente de fina percepción, siempre alerta, dispuesto a utilizar la pistola en cualquier momento.

¿Por qué siempre tenían que encomendarle las misiones más complicadas, a pesar de que le decían que todo era muy sencillo y muy simple?

Entró en su *suite*, cerró la puerta con llave, se dirigió al dormitorio, y una vez aquí fue directa al armario, del cual sacó el maletín rojo con florecillas azules estampadas, uno de sus últimos pertrechos proporcionado por la CIA. Lo abrió y se quedó mirando pensativamente su contenido. Sacó el frasquito de los polvos reveladores y un delicado pincel. Luego una pequeña cámara fotográfica y un teleobjetivo diminuto, que acopló a la primera.

Sacó también el vaso en el que había bebido Roscoe Lemans, y con el pincel extendió unos polvos del frasquito sobre el cristal, hasta que aparecieron las huellas digitales que había en éste. Por supuesto estarían también las del camarero, pero eso no tenía importancia… Colocó el vaso de modo que la luz de la mesita de noche, que encendió, diese de lleno en las huellas que se veían más claramente, y apuntó la cámara con teleobjetivo ampliador muy cerca del vaso… Cuatro fotografías, tomadas desde distintos ángulos, le parecieron suficientes. Luego colocó el vaso dentro de una bolsita de plástico y lo golpeó con la culata de su pistola, que despegó del muslo izquierdo, donde había estado sujeta con dos tiras de esparadrapo. Lo fue golpeando hasta convertirlo prácticamente en polvo, y luego lo tiró todo al inodoro y pulsó el botón que liberaba el agua de la cisterna.

Por último requirió la radio, camuflada en un paquete de cigarrillos, y la accionó.

—¿Simón? —llamó.

—¿Quién habla? —Se produjo el contacto enseguida.

—Agente Baby —sonrió, y la sonrisa pareció poner miel en su voz—… ¿Todo bien?

—Digamos que todo está en calma. ¿Ha entrado ya en contacto con ellos?

—Desde luego. ¿Sabemos algo respecto a la entrevista?

—Nada. Hay que esperar.

—Esperaremos. ¿Qué sabe de un tal Roscoe Lemans?

—Nada en absoluto. ¿Por qué?

—Voy a dejar el microfilme que contiene sus huellas debajo de una pata de mi cama, en la *suite*. Recójalo, revélelo, y envíelo a Washington. Máxima urgencia. Roscoe Lemans, alto, elegante, rubio, sonriente, atlético, dice ser vendedor de automóviles, pero no me convence.

—Okay. ¿Qué más?

—Otro hombre. Está… o debería estar todavía sentado en el vestíbulo del hotel. Alto, cabellos negros, ojos también negros y burlones, fuerte, simpático y duro a la vez de expresión… Creo que estaba espiando nuestra conversación. La del muchacho asiático y yo, se entiende. ¿Quién es?

—No lo sé. Todos somos forasteros aquí, Baby.

—Vigílelo. Averigüe quién es y qué hace en el hotel, incluso qué hace en Bridgeport. ¿A qué hora tiene el relevo con el otro Simón?

—A las ocho.

—Perfecto. A partir de esa hora dedíquese usted a enterarse de todo eso y déjeme en contacto con nuestro compañero.

—Entendido.

—Pues a trabajar.

Sonriendo, Brigitte cortó la comunicación. Encendió un cigarrillo, y estuvo fumando pensativa no menos de un par de minutos, sentada en el borde del lecho. De pronto se puso en pie y empezó a recorrer el dormitorio, mirando detrás de los cuadros, bajo la cama, tras la mesita de noche, en los rincones de las puertas, bajo las alfombras…

Se mordió los labios cuando, de pronto, ya convencida de que no la estaban vigilando, vio el «oído mágico» colocado bajo la mesita pequeña y circular del teléfono, a la izquierda del lecho. No tocó el pequeño aparato, sino que se lo quedó mirando, furiosa consigo misma por no haber buscado antes de hablar con Simón.

Dejó el aparato donde estaba y salió del dormitorio… En el saloncito estuvo buscando durante cinco minutos antes de encontrar el otro magicear, suspendido bajo la mesita de centro, sobre la cual estaba el otro teléfono de la *suite*.

Mortificada por el hecho de que hubiesen conseguido confiarla hasta el punto de llamar a Simón sin verificar la presencia de aquellos aparatitos, Brigitte se dejó caer en el sofá. La presencia de aquellos dos «oídos mágicos» implicaba otras cosas de mayor trascendencia: alguien estaba vigilando a Chong Ao Ben y a Imago Chio, así como a quienes con ellos se relacionasen; sabían que ella había preguntado por Kalmar, y sabiendo que Kalmar era en realidad Chong Ao Ben habían dispuesto aquella vigilancia acústica en su *suite*. Pero aquello carecía de importancia comparado con otra realidad mucho más peligrosa: quien había colocado aquellos aparatos poseía, indudablemente, más material técnico de similares características. Por ejemplo, aparatos mediante los cuales podía escucharse una conversación sostenida en voz baja a cien metros de distancia. Con lo cual estaba claro que alguien había escuchado lo que ella y Chong Ao Ben habían hablado en el vestíbulo del hotel.

Posiblemente aquella conversación incluso había quedado grabada.

¿Por quién? ¿Por Roscoe Lemans? ¿Por el hombre del periódico? ¿Alguien que no se había dejado ver todavía?

Cualquiera podía ser el agente encargado de vigilarlos.

Brigitte regresó al dormitorio y se sentó en el sillón, junto al lecho, requiriendo de nuevo la pequeña radio camuflada.

—Simón, soy Baby —llamó quedamente—… ¿Me oye?

Sin respuesta. La divina espía palideció. Podía ser que Simón estuviese en aquellos momentos en tal situación que le incapacitase para responder. Pero también podría ser que…

Más que oírlo, presintió aquel ruido a su espalda… Un ruido ligero, apenas un cambio en el sonido de la atmósfera de la *suite*… Quizá tan sólo el rumor de un pie en el suelo… Sin alterarse se inclinó hacia la cama, donde había dejado su pistolita silenciosa de cachas de madreperla. Entonces oyó con toda claridad aquel rumor a su espalda, y comprendió que debía acelerar sus movimientos, coger la pistola, volverse, disparar…

¡Clock!

Recibió el golpe en lo alto de la cabeza, y tuvo la impresión de que una diminuta bomba estallaba dentro, partiéndola en pedazos todavía más diminutos. Vio estrellas, luces rojas, espirales de luz, sombras oscuras…

Y nada más.

* * *

Lo que vio al abrir los ojos fue su propia mano derecha. Estuvo mirándola unos segundos, aturdida, palpitante en su cabeza aquel intenso dolor. Estaba tendida en el suelo. Encogió una pierna, dobló un brazo, se incorporó a medias, y miró a su alrededor.

Todo seguía igual.

Se puso en pie y fue a dejarse caer en el sillón. Tenía la sensación de que la cabeza iba a estallarle de un momento a otro. Se tocó cuidadosamente con dos dedos el lugar donde había recibido el golpe, y apenas pudo contener el gemido de dolor al rozar el enorme chichón.

«La culpa es mía —pensó—. Solamente mía, por haber creído que cualquier misión que me encarguen puede resultar fácil. Tío Charlie jamás me enviaría a efectuar cualquier trabajo que pudiese hacer otro agente».

Vio la pequeña cámara fotográfica ante ella, igual que la había dejado. Comprobó que el microfilme seguía en el estuche. Pero poco después descubría que lo que no estaba ya allí eran los «oídos mágicos» que había descubierto en su dormitorio y en el saloncito. Todo lo demás seguía igual.

Una vez más utilizó la radio de bolsillo para llamar a su compañero de la CIA.

—¿Simón? Soy Baby… Sin respuesta.

—Simón… ¿Me está oyendo, Simón?

Simón no debía de oirla, porque tampoco esta vez respondió. Brigitte miró su reloj. Las seis y media. Tenía tiempo suficiente para ducharse, despejar su dolorida cabeza, vestirse para la cena, y bajar al comedor del hotel, donde Imago Chio y el joven príncipe Chong Ao Ben la estarían esperando…

Se desnudó, entró al cuarto de baño, se duchó largamente con agua fría, y regresó al dormitorio envuelta en la toalla, sintiéndose mucho mejor. Llamó de nuevo a Simón, pero, una vez más, obtuvo el silencio por toda respuesta.

No poco preocupada se dedicó a vestirse para la cena, tras elegir un vestido azul claro que le sentaba divinamente, como cualquier

prenda que se pusiera. Se estuvo mirando al espejo satisfecha de sí misma, de aquel agudo escote tentador, del dorado color de su piel, de la forma de sus labios, del esbelto y elegante cuello…

Era divina, ciertamente.

Y, sin embargo, la habían golpeado brutalmente. Tanta dureza con una mujer bella sólo podía atribuirse a otra mujer… O a un hombre que estuviese incapacitado para dejarse impresionar por belleza más o menos. Lógicamente aquel duro golpe había sido aplicado por un hombre… Y un hombre que la golpease tan duramente, tan fríamente, sólo podía ser un espía; un espía que, por cualquier causa, había creído conveniente retirar los micrófonos que antes había colocado en la *suite*. Un espía astuto, capaz de prever a toda velocidad las reacciones de otros espías, de tomar decisiones al segundo, de moverse con gran rapidez…

Eran las siete y veinte cuando Brigitte dejó de pensar en las muchas cosas que podían haber ocurrido en realidad. Llamó de nuevo a Simón, no obtuvo respuesta, y decidió que era hora de bajar para cenar con Imago Chio y su príncipe amante de las mariposas.

Ahora estaría mucho más atenta a todo, porque la presencia de los micrófonos, y luego el golpe, habían hecho sonar la alarma más que lógica en los dispositivos de la agente Baby.

Capítulo 3

Como siempre, la espía internacional llegó puntualmente a la cita, esta vez para cenar. Chong Ao Ben e Imago Chio la estaban esperando ya, y ambos se pusieron en pie y así permanecieron hasta que Brigitte se hubo sentado.

Entonces, mirándola con dulce sonrisa, Chong Ao le tomó delicadamente una mano.

—He pensado en usted todo este rato, señorita Montfort.

—Eso es muy halagador, Kalmar.

—¿Kalmar?

—Bueno… Opino que debemos apear tratamientos y demás muestras de respeto protocolario hacia un príncipe reinante, Alteza. En lo sucesivo le llamaré Kalmar a secas…, aunque creamos que nadie nos está oyendo.

—Pero si nadie está cerca de nosotros…

—Físicamente no. Pero técnicamente todo es posible.

—¿Técnicamente? No la entiendo.

—Yo sí la entiendo —dijo Imago Chio—. Y ella tiene razón: hay aparatos que pueden captar conversaciones lejanas… Serás simplemente Kalmar. Y para hablar de asuntos importantes esperaremos a estar en lugares absolutamente seguros.

Chong Ao miró con evidente aprensión a su alrededor.

—¿Nos están escuchando ahora? —Casi gimió.

Brigitte ya había mirado rápidamente a su alrededor. Había bastante público en el comedor del hotel, pero excepto el atleta de ojos negros y Roscoe Lemans los demás comensales no le interesaban. El primero estaba cenando solo, vestido de esmoquin, en una mesa poco menos que arrinconada; no parecía prestar la menor atención a ellos ni a nadie; podría ser definido como un hombre solitario, taciturno incluso. En cambio, Roscoe Lemans, a pesar de ocupar también él solo otra mesa, se las había arreglado

para trabar conversación con los ocupantes de la mesa vecina, que sonreían divertidos por la chispeante conversación del vendedor de automóviles…, el cual, posiblemente, estaba buscando un cliente menos duro que Imago Chio.

Brigitte sonrió dulcemente al príncipe.

—Todo es posible, Kalmar —opinó sobre la pregunta de éste—. Sin embargo, nuestra conversación deberá ser mantenida con naturalidad, y los temas a tratar serán corrientes, de temas generales… ¿Por qué ha estado pensando en mí durante este rato?

—Oh, pues… Bueno, digamos que me ha impresionado usted.

La espía alzó graciosamente las cejas.

—¿Le parezco bonita? —inquirió.

—No, no…

—¿No le parezco bonita? —exclamó la divina.

—He querido decir que no ha sido eso lo que me ha impresionado de usted, señorita Montfort.

—Ah… Llámeme Brigitte: no olvide que soy su secretaria, su… persona de confianza. ¿Qué es lo que le ha impresionado de mí… dejando aparte mi belleza?

Chong Ao Ben abrió la boca, pero de pronto miró a Imago Chio y la cerró. Fue Imago quien, sonriendo, aclaró a Brigitte:

—Kalmar prefiere exponer sus impresiones de un modo mucho más… íntimo. Aunque yo sea la persona en quien más confía prefiere que no esté presente. Es un pudor que ya conozco… ¿Qué le gustaría cenar?

—Lo mismo que ustedes.

Imago aprobó con un gesto de cabeza.

—Lo supuse. Por eso encargué ya la cena para tres. Llegará en pocos minutos.

—¿Dónde están Magong y Tao? —inquirió la espía.

—Kalmar decidió que no los necesitaba. Está un poco… harto de llevar siempre tras él a esos dos hombres. Posiblemente usted podrá convencerlo de lo equivocada que es su actitud.

—Lo intentaré —sonrió Brigitte—. Ah, creo que traen nuestra cena.

Así era. Una vez servidos iniciaron una amable conversación de temas corrientes. Brigitte iba mirando disimuladamente de cuando en cuando su relojito de pulsera. A las ocho debía producirse el

relevo entre los dos Simones que trabajaban con ella en esta ocasión. Posiblemente el segundo Simón podría darle noticias del primero…

El atleta de los ojos negros se había marchado ya, tras cruzar el comedor como encerrado en sí mismo. Roscoe Lemans también había abandonado el comedor, en compañía de sus vecinos de mesa, a cualquiera de los cuales estaría intentando venderle un automóvil. Brigitte habría dado cualquier cosa por seguir al primero, pero, indudablemente, no podía abandonar al príncipe Chong Ao, y menos en plena cena.

Cuando ésta finalizó los tres se dirigieron al bar, donde los dos asiáticos pidieron té y Brigitte café. Roscoe Lemans, riendo y haciendo reír a sus nuevos conocidos, la saludó con una mano y le guiñó un ojo, lo cual hizo sonreír a Brigitte.

—¿Le apetece pasear por el jardín? —propuso Kalmar.

—Encantada. El señor Chio…

—Creo que iré a… resolver pequeños asuntos a mi *suite*. Ya nos veremos más tarde —Chio sonrió desagradablemente—… ¿Tiene alguna sugerencia que hacer respecto a la salida de esta noche, señorita Montfort?

—Pensaré algo… Desde luego debemos dejar bien establecido que Kalmar está aquí para divertirse. Su personalidad de hindú muy rico debe quedar bien establecida. Decidiremos eso entre Kalmar y yo mientras paseamos, señor Chio.

—Me parece bien. Hasta luego.

Se levantaron los tres. Imago Chio se dirigió hacia *suite* y Brigitte y Chong Ao salieron al jardín. El tiempo todavía era bueno a finales de agosto, y había bastantes personas bebiendo en la terraza que daba al gran jardín del hotel, hacia cuya zona más sombreada se dirigieron Brigitte y el príncipe sin necesidad de acordarlo verbalmente. En un rincón había un pequeño estanque con un bonito surtidor hacia cuyas aguas se inclinaban las ramas de un sauce. Muy cerca, un altísimo eucalipto, y, alrededor de ellos, el olor a flores diversas… Chong Ao Ben cogió de una mano a Brigitte y la llevó hacia uno de los bancos que había alrededor del estanque. Se sentaron ambos, y el príncipe habló de pronto.

—Me impresionó la profundidad de su mirada, Brigitte. Creo que usted no había oído nunca lo que le dije, lo que habían pensado

hombres como Eckehart…, y, sin embargo, lo comprendió todo enseguida… ¿No es cierto?

—No era difícil —musitó Brigitte.

—Es difícil —contradijo amablemente el príncipe—. La mayoría de las personas que oyen frases nuevas no les prestan atención. Por otra parte raramente las comprenden, y se limitan a sonreír con una cortesía que me produce… irritación cuando menos. ¿Usted comprende lo que yo siento por las mariposas…, comprendió las palabras de Eckehart?

—Creo que sí.

—Pues eso fue lo que me impresionó.

—Poca cosa, Alteza.

—¿Alteza ahora?

—Quise decir Kalmar —sonrió la divina.

Chong Ao Ben permaneció silencioso casi un par de minutos, primero mirando al suelo y luego las estrellas.

—Me gustaría ser Kalmar de verdad —murmuró de pronto—. Hay cosas que no comprendo, quizá porque no me gustan… O quizá no me gustan porque no las comprendo.

—¿Qué cosas?

—La política, por ejemplo. Imago es mi primer ministro y mi consejero privado. En varias ocasiones ha intentado aleccionarme respecto a algunos detalles y ciertos requisitos políticos mínimos. Temo que el buen Imago ha sufrido muchas decepciones respecto a mi capacidad sobre política. Por eso, y por muchas otras cosas, como la guerra, el espionaje, el comercio… Por todas estas muchas cosas me gustaría ser solamente Kalmar y vivir solo y triste.

—¿Por qué triste?

—Porque la tristeza es el mayor estado de felicidad. ¿No lo cree así?

—Temo que no. Le comprendo, y sé que a veces sentimos una dulce tristeza que puede llamarse felicidad; pero no es una felicidad auténtica.

—Es hermosa, sin embargo —musitó él, mirándola fijamente de pronto—. ¿Se da cuenta, Brigitte? Su capacidad de percepción de ideas y conceptos es grande, magnífica… Su alma está muy adelantada hacia el camino final.

Brigitte consiguió una sonrisita.

—Quizá se está equivocando, Kalmar. Lo que ocurre es que he vivido mucho, en diversas circunstancias. Momentos buenos y momentos malos. Mis palabras son sólo fruto de la experiencia, no de una sensibilidad especial que está intentando atribuirme.

—Ah, no, no… Está equivocada en eso. Yo… he entendido que Imago la considera una… espía. ¿Lo es realmente?

—Soy su secretaria —dijo quedamente Brigitte.

—¿No tiene confianza en mí? Conozco algo de espionaje… Pequeñas cosas sobre las cuales me ha hablado Imago en varias ocasiones. Sé, por ejemplo, que existe un organismo norteamericano llamado CIA dedicado al espionaje y contraespionaje… ¿Pertenece usted a la CIA?

La divina espía parpadeó lentamente, mirando aquellos profundos ojos negros, tan ligerísimamente oblicuos.

—Sí —murmuró.

—¿Es una espía?

—Más o menos.

—¿Es cierto que los espías matan… se matan entre ellos?

—Es lamentablemente cierto.

—¿Usted… ha matado alguna vez?

—Sí.

—¿Ha disparado contra un ser humano? —suspiró Chong Ao.

—No siempre he matado con pistola.

—Creo… creo que no… no entiendo…

—Alteza, he sido enviada aquí para asistirle en sus necesidades sociales e informativas. Soy un enlace. Admito que su personalidad me está inclinando hacia una… relación personal entre ambos, y opino que eso no es… conveniente para ninguno de los dos. Yo también sé distinguir a las personas y llegar hasta lo más profundo de su alma… Su alma me gusta, y por eso he hablado sinceramente, de persona a persona con usted. Sin embargo, creo firmemente que debemos abandonar esta familiaridad entre los dos, esta… intimidad.

—¿No quiere que hablemos de usted como persona privada… ni como agente secreto?

—Como agente secreto tal vez. En ese sentido usted debe considerarme exclusivamente como una pieza, como un… escalón en el cual tendrá que apoyar el pie para llegar hasta Washington.

Eso es todo.

—Entiendo. ¿Y como persona privada?

—Como persona privada resulto más… accesible…, pero en otras circunstancias.

Chong Ao Ben permaneció silencioso un instante antes de preguntar:

—¿Le ha entristecido matar?

—Sí.

—¿Hubiese preferido no hacerlo?

—En algunas ocasiones sí. En otras, si bien me ha entristecido el hecho de matar, me he sentido satisfecha de matar a determinada persona. Algunas lo merecen.

—¿Quién, por ejemplo?

—Son demasiadas, y por diversas causas, para explicarlo aquí y ahora. Pero le aseguro que en varias ocasiones me ha satisfecho mucho clavar un cuchillo en la espalda de un hombre, o degollarlo.

Chong Ao lanzó una exclamación de horror y se quedó mirando incrédulamente a la espía.

—No… No es cierto… Usted no es capaz… de hacer eso…

—Lo soy, Alteza.

—¡Pero eso es horrible!

—En efecto.

El príncipe se puso en pie, excitado, desencajado el rostro.

—Señorita Montfort, me he equivocado con usted. Lamento haberla conocido, y solicitaré de la CIA que envíen a otro agente para…

Brigitte, que estaba mirando al asiático con el ceño fruncido, saltó de pronto hacia él con todas sus fuerzas, apartándolo de la trayectoria de la cuchillada que el hombre súbitamente aparecido por detrás del príncipe había lanzado contra éste. Brigitte y Chong Ao rodaron por el suelo, y el hombre armado con el cuchillo pasó junto a ellos, pero se detuvo en seco y volvió de nuevo a la carga contra el príncipe sin lanzar una sola exclamación, sin un jadeo, sin hacer el menor ruido… Chong Ao se movía torpemente en el suelo, y la cuchillada le habría alcanzado en la espalda si Brigitte, que había reaccionado con mucha más velocidad, no hubiese desviado ahora al asesino, golpeándole con el canto de la mano derecha bajo una oreja, tan duramente que el hombre giró sobre sí mismo y cayó

de rodillas al suelo, aturdido un instante. Se puso en pie inmediatamente, empero, y su rostro se volvió hacia Brigitte, que se sorprendió apenas un segundo al ver aquellos rasgos asiáticos en el hombre vestido a la americana…

Frenéticamente el hombre saltó hacia ella y le tiró una cuchillada al vientre que Brigitte esquivó. Y luego, en lugar de retroceder, se acercó al hombre aprovechando el medio giro de éste, y le cogió por el brazo armado, con una mano por la muñeca y con la otra por el codo. Se pasó el brazo por encima, retrocediendo, y lo colocó a la espalda del agresor, doblado y torcido, contando ya con la potencia muscular de su enemigo, sin duda muy superior a la suya. Por eso, en lugar de mantener la presa, la soltó, y sus manos se juntaron velozmente para caer contra la nuca del asesino, que dio dos pasos hacia delante, cayó de rodillas, y luego tuvo que apoyar ambas manos en el suelo, casi desvanecido.

Brigitte se acercó a él y de nuevo le golpeó con las manos juntas, ahora en los riñones, derribándolo de bruces definitivamente. Saltó hacia un lado y le golpeó con un pie en el hígado, por dos veces, salvajemente. El hombre se relajó, y Brigitte se inclinó sobre él, acercando su mano al cuchillo todavía fuertemente sujeto entre los dedos del asesino…

Pero antes de que consiguiese cogerlo el engaño del desconocido dio resultado: su mano armada ascendió verticalmente hacia la garganta de Brigitte…

Sentado en el suelo, como paralizado de horror, Chong Ao Ben apenas pudo lanzar un gemido y se llevó las manos ante los ojos…, mientras Brigitte saltaba hacia atrás, palidísima de espanto…, y el cuchillo pasaba ante su nariz, agudo, afilado…

El hombre se revolvió velozmente y le golpeó en los tobillos con ambos pies, de modo que Brigitte cayó de espaldas. Y ya, comprendiendo que podía perder aquella pelea que nada le importaba, el desconocido no le prestó más atención, saltando hacia Chong Ao Ben, que mantenía las manos ante los ojos, y alzó el cuchillo sobre su nuca…

Se oyó al mismo tiempo el apagado sonido de la pistolita de Brigitte y un silbido agudo que se cortó bruscamente.

Brigitte se quedó mirando, como fascinada, el mango del cuchillo que sobresalía de la espalda del hombre, tendido ya de

bruces en el suelo, con la cabeza colgando hacia las tranquilas aguas del romántico estanque… Luego miró hacia el sollozante Chong Ao, y, finalmente, a Imago Chio, que salía de entre unos arbustos de flores seguido de Magong y Tao; este último desarmado y el primero con un cuchillo en la mano.

Imago Chio se acercó a Brigitte, miró las hermosas piernas descubiertas todavía tras haber requerido Brigitte su pistolita pegada siempre al muslo izquierdo con esparadrapo, y luego se acercó al cadáver del asesino asiático. Lo examinó muy brevemente, y después fue a dar un suave golpe en un hombro a Chong Ao.

—Alteza… Alteza, todo ha pasado ya.

El príncipe apartó las manos de delante de su rostro, y miró con ojos desorbitados a Imago Chio. Luego a Brigitte, y por último al hombre cuya cabeza colgaba hacia el estanque. Imago Chio le ayudó a ponerse en pie, hablando en su idioma suavemente.

De pronto Chong Ao miró a Brigitte, y la señaló.

—No quiero verla —jadeó—… ¡No quiero verla más! ¡Quiero que ella se marche de aquí, Imago…, o me marcharé yo! ¡Me ha engañado! ¡No es… no es dulce y triste, sino que puede… matar…!

—Calmaos, Alteza. Todo se arreglará.

—¡No quiero verla más!

—Es mejor que os retiréis… Tao, Magong: llevadlo a su aposento.

Los dos gigantes se acercaron. Tao musitó algo mirando hacia el cadáver, pero Imago le hizo una seña negativa y al mismo tiempo como de espera. Los dos gigantes se alejaron acompañando al casi histérico príncipe reinante de Tadún. Imago Chio se acercó a Brigitte y le tendió una mano, puesto que la divina espía todavía permanecía sentada en el suelo, expectante.

—Veo que no me engañó, señorita Montfort: es usted capaz de resolver por sí misma cualquier situación difícil. En realidad creo que no habría sido necesario el cuchillo de Tao. Usted habría matado a ese hombre antes de que él consiguiera matar al príncipe.

—Eso creo —dijo Brigitte, poniéndose en pie—. ¿Quién era? Chio se encogió de hombros.

—No lo sé. Oh, de mi país, por supuesto…, pero no le conozco. Supongo que a usted le es tan fácil como a mí comprender que ha sido enviado para asesinar al príncipe.

—¿Por qué?

—Imagino —sonrió irónicamente Chio— que hay alguien que no quiere que ustedes, los norteamericanos, tengan bases en Tadún. Uno de los modos de evitarlo es matar al príncipe, de modo que éste no pueda firmar el tratado con su presidente.

—Su sucesor lo firmaría… ¿No?

—No hay sucesores directos —dijo secamente Imago—. Creo que las cosas irían mal en Tadún si Chong Ao muriese. De todos modos no van demasiado bien, ya que tiene fama de… gobernante incapaz, demasiado… ingenuo y blando. Espero que comprenda, después de esto, la urgencia de firmar ese tratado con el señor Johnson.

—Comprendo. Y comprendo también que usted es la «eminencia gris» de Tadún… Y sabe que sólo firmando un tratado con Estados Unidos podrá evitar mayores males a Tadún y al príncipe Chong Ao Ben. Por eso quiere que la firma de ese tratado se realice cuanto antes. Es un modo muy sólido de asegurar la paz y la potencia de Tadún, con un aliado tan poderoso como Estados Unidos. ¿No es así, señor Chio?

—¿Por qué negarlo? Pero entiendo que también a ustedes les interesa ese tratado. Es obvio que para que un tratado exista la conveniencia ha de ser mutua, no para una sola de las partes firmantes. ¿Esperaba usted que yo aconsejase a Chong Ao la aceptación de las condiciones de su compañero Dragón Rojo sólo por simpatía a este agente o a Estados Unidos?

—Por supuesto que no.

—¿Y bien?

—Haré lo posible para que el presidente los reciba con la máxima urgencia.

—Gracias. ¿Qué podemos hacer ahora con ese cadáver?

—Dedíquese a consolar el príncipe, señor Chio. Yo me ocuparé del cadáver.

Capítulo 4

Por fortuna aquella parte del jardín no parecía gozar de la predilección de los clientes del hotel. Se veían las luces de la terraza por entre los arbustos de flores y se oía perfectamente la música, pero nadie parecía tener intención de acercarse allí.

Brigitte esperó a que Imago Chio se alejase, y entonces recurrió una vez más a la camuflada radio, tras mirar su relojito y convencerse de que eran más de las ocho. La respuesta fue inmediata, casi exigente:

—¿Eres tú, Roy?

—Nada de nombres, Simón —susurró la espía—. Soy Baby.

—Ya. Creí que…

—Nuestro compañero no contesta hace casi dos horas. ¿Dónde está usted ahora?

—Cerca del hotel.

—Venga aquí. Salga al jardín y caminé hasta el fondo… Me parece innecesario decirle que nadie debe verlo.

—Entiendo. Estoy ahí en tres minutos.

—Okay.

Brigitte cortó la comunicación, guardó la radio, y se acercó al cadáver del asesino asiático, tras pegar de nuevo la pistolita a su muslo izquierdo por medio del esparadrapo, que tan bruscamente había arrancado antes. Dejó caer la falda, luego la alzó un poco, y se arrodilló junto al muerto. Asió sus cabellos y alzó la inerte cabeza para poder contemplar aquel rostro crispado. No le conocía, desde luego… La espía se puso en pie y se alejó unos pasos del cadáver. Se acercó al lugar del cual había surgido el asesino y examinó el suelo, ayudándose con la delgada línea de luz de su pequeña linternabolígrafo.

Las huellas estaban claramente marcadas allí, no demasiado profundamente pero sí con cierta insistencia, superpuestas varias

veces. Eso podía indicar que el asesino, antes de decidirse a atacar, había esperado un momento en verdad oportuno… Había sido mucha mala suerte para él que lo hiciese justamente cuando la agente de la CIA estaba casi dando frente a los arbustos…

Oyó las suaves pisadas junto al estanque, se asomó, y vio al hombre inclinado sobre el cadáver del asiático. Salió de entre los arbustos, acercándose al hombre por detrás y alzando ligeramente la falda, por si tenía que recurrir de nuevo a su pistola…

Pero el hombre, sin volverse, inquirió:

—¿Baby?

—Hola, Simón.

El hombre de la CIA se volvió, señalando el cadáver.

—Buen disparo —comentó—. ¿Quién lanzó el cuchillo?

—Tao.

—Ya sé. Bien…, ¿qué está ocurriendo?

—Han querido matar a Chong Ao. Parece que debemos creer que hay gentes en su país que no quieren que firme el tratado que tanto nos interesa a nosotros.

—Siempre hay disconformes con todo —dijo Simón, incorporándose y tendiéndole la mano—. Tenía ganas de conocerla.

—Y a mí siempre me encanta conocer a un Simón —sonrió la divina—. ¿Tenemos alguna posibilidad de localizar al otro Simón, al que usted llamó Roy?

—No sé… Lo llamé a las ocho menos cuarto, para avisarle de que debíamos encontrarnos antes de la hora del relevo, pero no contestó… Hemos de temer lo peor, ¿no cree?

—No nos precipitemos. Roy puede estar haciendo cualquier cosa que quizá no ha tenido tiempo u oportunidad de advertirnos, por diversas circunstancias. Podemos esperar unas horas antes de tomar decisiones… drásticas. ¿Cuánto tiempo necesita para revelar unas microfotos?

—Muy poco. ¿Por qué?

—Las necesito cuanto antes. Y también cuanto antes preciso un informe sobre el dueño de las huellas microfotografiadas… ¿Puede ponerse en contacto con Washington?

—Desde luego.

—Tengo aquí el trozo de película donde están fotografiadas las huellas que me interesan. Iba a confiárselas a Roy, pero como no

me contestaba me pareció mejor no dejárselas donde le dije. Revélelas usted y colóquelas allí… Ya me pasará los informes de Washington cuando pueda, pero las fotos de esas huellas las preciso con toda urgencia. Déjemelas bajo una pata de mi cama.

—De acuerdo. ¿Qué *suite* ocupa?

—La veintidós.

—Se lo diré a *Mr*. Ferguson. Lo tendrá todo.

Brigitte sonrió amablemente, y dio un cariñoso golpecito en una mano a su compañero.

—No existe ese tal *Mr*. Ferguson, Simón, y usted sabe muy bien que ocupo la *suite* veintidós. Por otra parte no debe pensar que soy otra persona diferente a Baby… ¿Acaso cree que puede haber otra chica tan hermosa como yo?

—Tenía que asegurarme —sonrió Simón, pellizcando la barbilla de Brigitte—. De acuerdo, estoy a sus órdenes. ¿Qué debo hacer con el cadáver?

—Hágalo desaparecer. ¿Necesita ayuda para eso?

—Me las arreglaré solo.

—Bien. Ahora hay otras cosas. Siento gran interés por dos de los huéspedes del hotel. Uno se llama Roscoe Lemans, es rubio, muy simpático, y parece que se dedica a la venta de automóviles. El otro no sé cómo se llama, pero me gustaría tener informes sobre él; es alto, muy fuerte, cabellos y ojos negros, y da la impresión de no ser demasiado… sociable. La última vez que lo vi llevaba un elegante esmoquin blanco.

—Haré todo lo que pueda.

—Esta noche voy a salir, y calculo que no regresaré antes de la una de la madrugada. Para entonces espero tener toda esa información. ¿Alguna duda?

—Seguro que no.

—Estupendo. Le llamaré cuando haya examinado sus informes. Buenas noches. Simón.

—Adiós, guapa. Y no se olvide de Roy… Si sabe algo de él dígale que se ponga en contacto conmigo. Aunque…

No terminó la frase, pero Brigitte le entendió. Los dos sabían muy bien que cuando un agente no contestaba las cosas empezaban a ponerse mal; por lo menos para ese agente. Pero el trabajo debía continuar adelante, y ellos dos debían hacerlo.

Brigitte se alejó del lugar del fallido asesinato, y poco después aparecía en la terraza. Tuvo la seguridad de que varias miradas se fijaban en ella, y comprendió que había despertado un cierto interés por su trato con el príncipe, su paseo con éste, y luego por encontrarse sola tras haber visto aquellas personas pasar a Chong Ao acompañado de los dos gigantes.

Fue a conserjería, pidió la llave, y subió a su *suite*. Apenas había tenido tiempo de llegar al centro del saloncito cuando sonó la llamada a la puerta. Se volvió velozmente, vaciló, y regresó. Se colocó junto a la puerta y susurró:

—¿Quién es?

—Imago Chio. Abra, por favor.

Brigitte abrió, y se quedó mirando a Chio, que estaba evidentemente preocupado.

A un gesto de Brigitte el hombrecillo de los lentes de color azul entró en la *suite* mirando a todos lados. Se quedó inmóvil a dos pasos de la puerta, que Brigitte cerró. Miró al asiático sonriendo burlonamente, y como él no dijese nada fue a sentarse al sofá, cruzó las piernas, y encendió un cigarrillo.

—¿Algún problema especial, señor Chio? —se interesó.

—El príncipe quiere regresar.

—¿A las Bahamas?

—A Tadún. Inmediatamente.

—¿Por qué motivo?

—Está asustado. Y decepcionado.

—¿Decepcionado de mí?

—Temo que sí. Señorita Montfort, si no conseguimos inmediatamente esa entrevista con su presidente…

—Señor Chio, aunque *Mr*. Johnson quisiera no puede recibir visitas a cualquier hora o en cualquier lugar. Su Servicio Secreto privado está preparando la entrevista, en colaboración con la CIA y posiblemente con el FBI, que mete las narices en todas partes. No crea que es tan fácil llamar ahora mismo a *Mr*. Johnson y decirle que su príncipe está asustado y que quiere verlo ahora. Usted lo comprende, sin duda.

—Yo sí.

—Pero el príncipe no. ¿Es eso?

—Exactamente.

—¿Insiste en que no quiere verme?
—Así es.
—Yo arreglaré eso. Parece que ésta no es una noche apropiada para salir de… paseo con el príncipe, pero estoy convencida de que él no se negará a recibirme. Buenas noches.
—¿Qué piensa hacer?
—Le haré una visita al joven de las mariposas.
—No le abrirá la puerta y…
—Sé abrir puertas sin ayuda de nadie.
—Sin embargo…
—Señor Chio: ¿tiene usted los mismos intereses que yo o son diferentes?
—Son los mismos.
—Entonces retírese. Su príncipe se quedará en Bridgeport y posiblemente mañana acudirá a la cita con el presidente de Estados Unidos. Confié en mí… y todo terminará a gusto de ambos. Usted es inteligente, ¿no es cierto?
Imago Chio sonrió de aquel modo tan desagradable.
—Tengo la impresión de que usted es de las personas que siempre consiguen lo que quieren, señorita Montfort.
—En efecto.
—Bien… Actúe como mejor le parezca. Buenas noches.
—No se preocupe por nada: sería la primera vez que yo habría fracasado en un trabajo.
Chio la miró ávidamente, encogió luego los hombros, y se dirigió a la puerta. Salió, y Brigitte quedó sola, fumando, sentada en el sofá. Cuando acabó el cigarrillo se puso en pie, sonrió burlonamente, y fue también hacia la puerta. Se detuvo de pronto allí, vaciló, regresó al dormitorio, y requirió su maletín de viaje, el que contenía todas aquellas sorprendentes cosas que solía usar en momentos de apuro. Lo que la tenía asombrada era el hecho de que la persona que le había golpeado en la cabeza un par de horas antes no hubiese tocado nada de allí. Sin duda lo había visto todo, y si, como ella suponía, era un espía, habría comprendido qué clase de personaje era la morena de ojos azules que decía dedicarse a public relations cerca de un hindú hijo de un rico maharajá…
Escondió el maletín tras un minuto largo de vacilaciones y volvió de nuevo a la puerta. Salió de la *suite*, y segundos después se

detenía ante la puerta de la de Chong Ao. No se molestó en llamar. Utilizó la ganzúa que había cogido del maletín para abrir la puerta, entró tranquilamente, cerró a su espalda, y se dirigió al dormitorio.

El príncipe estaba allí, ataviado únicamente con un taparrabos blanco, sentado en el suelo en un rincón, cruzadas las piernas y ausente la mirada, como fija en un punto del Más Allá. Ni siquiera pareció oírla, y Brigitte no llamó su atención. Salió del dormitorio, y se dedicó a registrar el saloncito en busca de algún micrófono, pero no los había. Regresó al dormitorio y estuvo registrando allí, con el mismo resultado, ante los ojos de Chong Ao Ben, que continuaban como clavados en un punto inexistente. Su inmovilidad era absoluta, total; parecía petrificado, como momificado más bien. Brigitte estuvo unos segundos mirándolo con curiosidad. Luego se sentó en un silloncito, encendió otro cigarrillo, cruzó las piernas, y se limitó a esperar, dirigiendo continuas miradas al príncipe reinante de Tadún.

Hasta que éste, de pronto, parpadeó. Un profundo suspiro brotó de su pecho, su cuerpo se relajó con languidez, movió la cabeza…, y se quedó mirando hoscamente a Brigitte.

—¿Qué hace aquí? —inquirió con tono seco.

—Contemplando sus prácticas de yoga, Alteza.

—No tiene derecho a hacerlo. Márchese.

—Ningún hombre me ha dicho jamás que me fuese de su dormitorio.

—Yo se lo digo.

—Despierte completamente, Alteza —sonrió la divina—. Su mente ya está aquí, con su cuerpo. Terminó el viaje en busca de consuelos celestiales. La realidad está aquí, delante de usted.

—Si la realidad es usted prefiero los viajes de mi mente.

—La realidad soy yo, y es usted, y es su pueblo… Lo demás admite muchas discusiones respecto a su veracidad. De todos modos usted es un hombre ahora, y lleva un alma… Y como dijo su admirado Eckehart: cada cuerpo tiene que llevar el alma que le corresponde, y hacer las cosas que esa alma tiene que hacer utilizando ese cuerpo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Se le ha ocurrido pensar que su alma tiene la misión de ayudar a su país, y que es su cuerpo el vehículo que esa alma suya

ha escogido? ¿Va a rebelarse contra ese designio?

Chong Ao Ben se incorporó, mirando fijamente a Brigitte. Su atlético cuerpo destacó, potente, musculoso, fuerte. Los negros ojos del asiático permanecieron fijos en los azules de la espía durante casi un minuto. Por fin, Brigitte se acercó al príncipe, le echó los brazos al cuello, y besó lentamente aquella boca prieta y hostil…, que tardó apenas cinco segundos en suavizarse bajo el tierno beso de la espía. Las manos de Chong Ao buscaron la cintura femenina, y la apretaron con fuerza, atrayendo a la mujer hacia su cuerpo… Entonces Brigitte retiró sus brazos del cuello de Chong Ao Ben y se apartó de éste.

—Como puede ver, príncipe, tengo muchas armas para retenerlo en Estados Unidos. Pero creo que no hay mejor arma que recordarle que debe quedarse. Hay un tratado que debe firmar, en beneficio especialmente de su pueblo…

—No es posible —musitó Chong Ao—… No es posible, no…

—¿Por qué no?

—No me refiero a eso, sino a que usted sea la misma mujer que antes… disparó contra un hombre… y lo mató.

—Soy exactamente la misma —sonrió la espía—, sólo que en estos momentos no tengo por qué utilizar la pistola. Siempre que puedo prefiero convencer a los demás de un modo más… dulce.

—¿Piensa… convencerme de que debo quedarme aquí esperando la llamada de su presidente?

—Desde luego.

—¿Y cómo espera conseguir ese imposible?

Brigitte sonrió una vez más, volvió a abrazarse al cuello del príncipe, y de nuevo le besó en los labios, muy lentamente, notando las manos de Chong Ao, un tanto trémulas y ávidas, deslizándose por su cuerpo…

* * *

—Debo irme ya, Alteza.

—No, no…

—Son casi las dos de la madrugada. Tengo que volver a mi *suite* y estar atenta a una posible llamada que todos esperamos.

—Pero yo quisiera que te quedases…

—Ha sido suficiente por esta noche —sonrió ella—. No debemos abusar de la mutua compañía, son pena de que se produzca el aburrimiento. Además, insisto en que es posible que yo tenga cosas que hacer en mi *suite*… o fuera de ella. Estas horas han sido muy agradables —sonrió una vez más—, hablando de mariposas, de estrellas, de tristezas felices, de amor… Pero debo partir ahora.

—Está bien… ¿Volverás mañana?

—Mañana a estas horas —musitó Brigitte— es posible que usted se halle de nuevo en las Bahamas, esperando el momento de terminar oficialmente sus vacaciones para regresar a Tadún.

—¿Crees que ya habré firmado el tratado con el presidente?

—No lo sé. Pero es posible que sí.

—No importa. Aunque así sea me quedaré aquí, contigo… Quiero quedarme contigo, Brigitte.

—No puede ser, Alteza —susurró ella sombríamente—: me conformaré con un rubí así de gordo. Es inevitable.

—¿Un… rubí? ¿Qué quieres decir?

—Son cosas mías. Usted deberá regresar y olvidarme.

—Ven conmigo a las Bahamas. Mientras esté por este nuevo mundo puedes estar tú conmigo, ser mi secretaria, mi public relations… ¿No querrás hacerlo, Brigitte?

La divina espía besó suavemente los labios del asiático.

—Querría hacerlo, pero no puede ser. Los dos tenemos cosas más importantes en qué pensar. Ahora descansa. Tenemos que esperar la llamada. Hasta entonces, y mientras tanto, todo será lo mismo entre nosotros. Pero cuando nos llamen, cuando hayas firmado el tratado…, todo habrá terminado.

—Brigitte, no me dejes solo…

—Hasta mañana. Es decir, hasta luego. Cuando te levantes tu agente de public relations te tendrá ya preparado el programa del día.

—Brigitte, vuelve…

—Buenas noches…, Alteza.

Y Brigitte abandonó la *suite* de Chong Ao Ben. Poco después entraba en la suya…, con la pistolita en la mano, puesto que apenas abrió la puerta supo que alguien había estado allí… Pero ya no quedaba nadie dentro de la *suite*. Todo continuaba igual, pero ella sabía que alguien había estado allí durante su ausencia

Posiblemente, Simón. Miró bajo las patas de la cama y encontró lo que buscaba en una de las de la cabecera, metido en un pequeño sobre de plástico opaco. Eran las fotografías que ella había tomado de las huellas que obtuvo del vaso de *whisky*. Efectivamente pertenecían a dos hombres, y Simón había sabido clasificarlas separándolas. Bien: allá tenía las huellas del camarero y de Roscoe Lemans, si bien no podía saber cuáles pertenecían a cada uno. No obstante, en casi seis horas era seguro que Simón había tenido tiempo de enviarlas a Washington, y todavía más seguro que ya habría obtenido respuesta.

Recurrió una vez más a la radio de bolsillo.

—¿Simón?

Sin respuesta.

Un helado estremecimiento recorrió el cuerpo de Brigitte. Y al mismo tiempo, todavía más helado, más frío, más terrible, tuvo aquel presentimiento de muerte.

—Simón —insistió—… Habla Baby, Simón… Sin respuesta.

Se mordió los labios, asustada. No por ella misma, sino por el hecho de que sus dos compañeros de la CIA guardasen silencio a sus llamadas. Primero uno, el llamado Roy. Luego el otro, el que había acudido a relevar a Roy… Dos agentes de la CIA guardaban silencio completo. ¿El silencio de la muerte?

Se dirigió al teléfono, pero cuando ya tenía la mano sobre el auricular la retiró vivamente. No. No iba a llamar a tío Charlie a Nueva York. Era demasiado expuesto… Y de nuevo no para ella, sino para tío Charlie y el Simón que tenía de ayudante en la floristería. Si llamaba allí seguramente se enterarían «ellos», y, en ese caso, tío Charlie y Simón quedarían en grave peligro, o, como mínimo, la estupenda base de la floristería debería ser abandonada…

Se apartó del teléfono, encendió un cigarrillo, y se sentó pensativa en el borde de la cama. No había que darle más vueltas a la fría y peligrosa realidad: la agente Baby había quedado completamente incomunicada.

Estaba sola.

Capítulo 5

El primero en aparecer en el comedor del hotel, a la hora del desayuno, fue Imago Chio. Vio enseguida a Brigitte, fue hacia ella, y se sentó a la mesa, mirándola fijamente.

—La felicito —sonrió de aquel modo tan desagradable—… Chong Ao ha decidido quedarse y terminar nuestro cometido en su país. ¿Cómo lo consiguió?

—No me gusta revelar mis secretos —sonrió Brigitte.

—Oh. Bien, respetaremos ese… secreto suyo.

—¿Y el príncipe?

—Bajará inmediatamente…, con Magong y Tao, por supuesto. Ellos le están esperando en la puerta de la *suite*. Yo he querido adelantarme para darle las gracias por su intervención. Si le parece bien indicaré al presidente Johnson la gran calidad de sus servicios.

—Puede hacerlo, si quiere —rió ahora la divina—… ¡Quizá me consiga usted alguna condecoración!

—Estoy seguro de que las habrán concedido a otros con menos merecimientos que usted. Unas buenas bases junto a China no creo que sean fáciles de conseguir.

—En ese caso el mérito corresponde por entero a mi compañero Dragón Rojo. Dígame una cosa, señor Chio: ¿vio usted personalmente a Dragón Rojo?

—Por supuesto.

—¿Es… alto, moreno, de ojos negros, atlético, gesto hosco?

—¡Ni mucho menos! —rió el asiático—. Ése es el tipo que pondrían en una película… Lamento decepcionarla, pero su admirado compañero Dragón Rojo es más bien bajo, gordito, sonrosado, ojos pequeños y verdes, y cabellos tirando a rojo… Un pelirrojo, vamos.

—Ya.

Decepcionada en efecto, Brigitte dirigió una mirada de soslayo

al hombre moreno, al atleta en reposo, que había terminado ya su desayuno y estaba sentado en un sillón leyendo un periódico. La presencia de Dragón Rojo allí quizás habría justificado algunas cosas… Como por ejemplo, que hubiese sido él quien había estado por dos veces en su *suite*, incluso golpeándola en la cabeza la primera vez, para cerciorarse con toda libertad de movimientos y con toda seguridad de que ella era efectivamente la agente enviada por la CIA para aquella misión. En cambio, no quedarían justificadas las desapariciones de los dos Simones…

—¡Buenos días, señorita Montfort!

—Buenos días, señor Lemans —correspondió Brigitte al sonriente vendedor de automóviles, que se acercaba—. ¿Vendió muchos coches ayer, por fin?

—Sólo uno… Buenos días, señor Chio. ¿Insiste en su negativa de…?

—Ya le dije, señor Lemans, que no precisamos ningún automóvil. El maharajá es rico, pero no tanto que pueda permitir a sus hijos unos gastos caprichosos tan… excesivos.

—Bien… No le molestaré más. ¿Qué piensa hacer esta mañana, señorita Montfort?

—Trabajar —sonrió Brigitte.

—¿Trabajar?

—Naturalmente. Imagino que el joven Kalmar tendrá alguna ocupación para mí. Para eso me paga.

—Oh, es cierto, había olvidado que… Vaya, espero encontrarla libre alguna vez.

—Le pondré un telegrama en cuanto eso ocurra. ¿Piensa contratarme de public relations?

—¿Contrat…? Oh, bueno —sonrió Lemans—, ¡no creo que fuese tan mala idea por mi parte! ¿Nos veremos luego?

—Sin duda.

Roscoe Lemans se dirigió hacia la mesa ocupada por las mismas personas del día anterior, una de las cuales, al parecer, le había comprado un automóvil. Brigitte pensó que era simpático, pero al mismo tiempo recordó que también lo era ella y, en cambio, en un momento dado no vacilaría en cortarle el cuello a Roscoe Lemans…, si fuese necesario.

Chong Ao Ben entraba en el comedor mirando con no mucho

agrado la espalda de Roscoe Lemans. Llegó a la mesa, se inclinó ante Brigitte, y tomó asiento. Tras él, Magong y Tao tomaron asiento a otra mesa cercana.

—Buenos días, Brigitte.

—Muy buenos, Kalmar. ¿Durmió bien?

—Magníficamente. ¿Ha pensado adónde iremos hoy… los dos?

—¿Solos? —sonrió Brigitte.

—Desde luego.

—Alteza —se envaró Chio—, no me parece prudente que…

—Quiero salir solo, Imago. Es decir, con Brigitte. Iremos a… a pescar. Eso es lo que haremos.

—Puede ser peligroso…

—Me gusta el mar. No hay mar en Tadún, Imago. Ni lagos navegables. Los ríos tienen las aguas heladas o turbias… Me gusta la transparencia del mar, y por eso elegí las Bahamas como punto de vacaciones. Quiero navegar y pescar.

—Podríamos ir todos. Si recordáis lo de anoche, Alteza…

—Brigitte demostró que no necesitaba ayuda.

—Pero os desagradó profundamente su… eficacia.

—Eso fue anoche… a las ocho. Las cosas cambiaron luego. Chio miró a Brigitte, que asintió con la cabeza.

—Está bien —se resignó—. Me ocuparé de que dispongan una embarcación para los dos. ¿Dónde puedo conseguirla, señorita Montfort?

—La dirección del hotel se la proporcionará. Disponen de un embarcadero del club náutico en la playa, cerca de Miamogue. Dígales que llegaremos allá en coche dentro de una hora, y lo tendrán todo dispuesto. Oh, pero debo ser yo quien se ocupe de eso… Discúlpenme un momento.

Brigitte fue al vestíbulo, y requirió la atención del gerente, al cual dio las indicaciones oportunas. Y como al descuido preguntó:

—¿Hay algún recado para mí? ¿Telegrama, sobre, telefonema, cualquier cosa…?

—No, nada. Pero si está esperando algo urgente podemos enviárselo al club náutico en cuanto llegue.

—No, no… Gracias. No olvide lo de la lancha.

—Descuide.

Brigitte regresó al comedor, desayunó en compañía de Chio y de

Chong Ao Ben, y después partió con éste hacia el club náutico de que disponía el Yellow Mill Hotel en la playa, cerca del más famoso llamado Miamogue.

* * *

La lancha era blanca y roja, de unos cinco metros de eslora, y resultó muy veloz y potente, además de bien acondicionada. Había radioteléfono a bordo, refrigerador, televisión… Todo ello en la pequeña cabina interior, bajo la toldilla blanca.

Habían salido a mar abierta por Long Island Sound, a toda velocidad, manejada la lancha por Brigitte, ante la maravillada expresión de Chong Ao. Luego, ya lejos de la costa, lejos de la vista de todos, Brigitte había parado los motores y Chong Ao había dejado la caña de pescar en su soporte de popa. Ahora, tendidos en cubierta, veían por encima de ellos algunas gaviotas de vientre blanquísimo, y, más mar adentro, nubes redondas y tan blancas como las gaviotas. Alrededor, el mar azul…

Y eso era todo.

—No vas a creerme —dijo con evidente desconcierto Chong Ao, tras separar sus labios de los de Brigitte—, pero jamás había concedido tanta importancia a una mujer.

—¿Por qué no he de creerte? —suspiró ella—. Estoy plenamente convencida de que las mujeres como yo no abundan.

—No… No abundan. Es más: no puede existir otra igual.

—De acuerdo en todo —rió ella—. Debemos regresar…, Alteza.

—¿Regresar? —exclamó el príncipe—. ¿Adónde?

—Al hotel —le miró divertida Brigitte.

—Podemos quedarnos aquí todo el día…

—Tres horas de mar son suficientes en una mañana…, sobre todo si recordamos que en cualquier momento puede llegar una llamada a cierto príncipe citándolo en Washington…, o en cualquier lugar discreto más o menos cerca de Washington.

—Quisiera que esa firma se retrasara años y años…

—Pues yo no —rió ella—. ¡Sería horrible estar años y años con esta tensión, sin poder moverme libremente!

—¿No estás bien conmigo?

—Estoy bien contigo —murmuró dulcemente la divina espía,

besando los labios de Chong Ao—, pero los dos tenemos cosas que hacer. Quisiera que todo hubiese terminado ya, Kalmar…, porque tengo que encontrar a dos amigos y… Bueno, creo que podré dedicarme a eso cuando tú hayas partido.

—¿No vendrás conmigo?

—No.

—¿Y si te lo ordenasen…?

—Obedecería. Pero intentaría convencerlos de que debo quedarme aquí, para averiguar el motivo de mi incomunicación. Y te odiaría toda mi vida si tú exigieses mi presencia.

—Creo… creo que no te entiendo muy bien, Brigitte… Pero yo… yo haré siempre… lo que tú quieras.

—Entonces empecemos por regresar al hotel. Quizá ya tengamos allí la orden de llamada, o algunas instrucciones. Cuanto antes terminemos este asunto antes podrás regresar a Tadún. Y entonces… quizá nos veamos alguna vez, ya que suelo viajar con frecuencia por todo el mundo…

—¿Vendrías a Tadún? —exclamó Chong Ao.

—¿Por qué no?

Lo volvió a besar y se puso en pie. Se asomó a la borda, notando con más fuerza el balanceo de la lancha a la deriva. Chong Ao estaba junto a ella, mirándola intensamente, acariciando los dorados hombros perfectos, suaves, finísimos.

—Nunca podré olvidarte, Brigitte…

Ella se limitó a sonreír amablemente, como si Chong Ao fuese un niño. Y quizá lo era, para ella… Chong Ao pensaba en las mariposas, en el color del mar, en poemas de profetas y pensadores diversos… Tenía un mundo interior muy diferente al de Brigitte Montfort. Y también su mundo exterior era diferente…

La espía puso la lancha en marcha, que maniobró primero lentamente. El sedal de la caña de pescar se tensó un poco, y quedó completamente tirante cuando la velocidad de la marcha aumentó. Brigitte miraba hacia la costa. Sabía que Chong Ao la estaba mirando a ella sin un parpadeo, fijamente. Con seguridad el asiático podía enamorarse de ella para siempre, siendo tan sensible. Y ella sentiría pena por él, entonces. Pero no podía desengañarlo ahora, bruscamente, porque aquel hombre, aquel… niño grande tenía que firmar un tratado que beneficiaría a Estados Unidos. Eso era lo

único que debía importarle a ella.

Veía la costa cada vez más cerca. La corriente los había ido llevando lentamente hacia el sur, hacia Black Rock Point, donde en efecto se veían rocas que parecían negras… Estaban a menos de doscientas brazas de la costa, en busca de la entrada a la bahía de Bridgeport, cerrada por las presas de Long Island Sound, cuando de pronto Brigitte vio aparecer la otra lancha, procedente de la costa, al parecer. Durante unos segundos la estuvo mirando sin concederle demasiada importancia, pero en el intervalo de tres segundos la alarma empezó a sonar en la mente de la espía: la otra lancha se acercaba a ellos a toda velocidad por un flanco, de tal modo que iban convergiendo rápidamente… Brigitte movió el volante de su lancha, que se inclinó tanto en el viraje que pareció a punto de volcar. Chong Ao salió disparado hacia el otro lado de la borda, y no cayó al mar porque se aferró allí desesperadamente.

—¡Brigitte! —gritó—. ¿Qué pasa?

– ¡Sujétate fuerte ahí! ¡Y no intentes ponerte en pie, quédate tal como estás!

La lancha describía una curva muy cerrada, levantando oleadas de espuma, describiendo un giro que la alejaría de la otra embarcación, en sentido contrario. Aferrada con fuerza al volante la agente Baby volvió la cabeza, y, efectivamente, vio a la otra lancha virando también, para seguir su misma dirección. En la cubierta vio perfectamente a tres hombres. De nuevo varió el rumbo, pero los perseguidores efectuaron su propia maniobra que los acercó un poco más. La seguridad de que aquella lancha era más rápida que la suya hizo comprender a Brigitte que la solución a aquel peligro no estaba precisamente en la huida.

Enderezó la marcha de la lancha manteniéndola paralela a la costa, y trabó el volante. Fue a la cabina y recogió su maletín, una vez más convencida de que no existe misión fácil para un espía. Corrió a popa con el maletín, sin perder de vista la otra lancha, que iba acortando la distancia. Con gestos rápidos Brigitte sacó del maletín un tubo de acero, una caja de mecanismos de disparo, y por último un extraño trozo de madera que, una vez estirado por ambos extremos se convirtió en una sólida culata de rifle. Dirigió una mirada de reojo a Chong Ao, que la contemplaba a ella con ojos desorbitados, desencajado el rostro. Miró de nuevo hacia la otra

lancha, que estaba a menos de ochenta brazas…

Brigitte encajó el mecanismo del rifle en la culata y luego enroscó el cañón en el otro extremo. Sacó una caja metálica del maletín, la colocó sobre la recámara del rifle, y apretó con el pulgar: las diez delgadísimas balas explosivas penetraron en la recámara suavemente, perfectamente…

Justo en el momento en que desde la otra lancha partían algunos disparos de pistola hacia la agente de la CIA, que se protegió tras el reborde de la popa, esperó unos segundos, y apareció de pronto con el rifle listo para el disparo. Apuntó apenas durante un segundo, apretó el gatillo…, y en la otra lancha un hombre alzó los brazos mientras daba un salto como queriendo llegar al mismísimo cielo… Sólo consiguió saltar de la lancha y caer al mar, hacia el fondo del cual desapareció instantáneamente, dejando una pequeña mancha roja que se disolvió muy pronto en el azul marino.

Brigitte se había escondido apenas efectuar el silencioso disparo. Se arrastró por la cubierta, siempre protegida por la borda, y apareció en el lado de estribor, de nuevo preparado el rifle para el disparo perfecto. Y para su asombro la lancha agresora se estaba desviando, dejaba de seguirles… Pero al mismo tiempo otro de los hombres que iban en ella disparó contra Brigitte, que oyó el silbido de la bala muy cerca de su cabeza, justo cuando apretaba por segunda vez el gatillo de su rifle especial. Oyó el apagado chasquido del mecanismo silenciador, y el hombre que había disparado contra ella saltó hacia un lado al recibir el impacto y virar su lancha al mismo tiempo. Dio de pecho contra la borda, basculó, y pareció despedido hacia el agua por la acción de un muelle fortísimo… Se le vio un par de segundos en el aire, trágicamente desarticulado, y luego desapareció bajo las aguas, como su compañero.

La lancha enemiga había virado ya casi completamente, intentando la huida; sólo se veía un hombre a bordo, que era el que manejaba el volante. Fruncido el ceño Brigitte apuntó hacia él su rifle, y apretó el gatillo por tercera vez… Vio claramente las astillas que saltaron por el aire junto al hombro derecho del hombre, que se sobresaltó. Pero la lancha continuaba alejándose, y Brigitte no estaba dispuesta a permitirlo. Quería atrapar a aquel hombre. Retrocedió hacia el volante, lo destrabó, y efectuó un giro cerradísimo que casi la hizo volcar, emprendiendo la persecución de

la otra lancha.

Entonces miró a Chong Ao Ben, que estaba acurrucado junto a la borda, aterrado.

—¡Ven aquí! —le gritó—. ¡Tienes que gobernar la lancha!

—No, no…

—¡Ven aquí, te digo! ¡Y conduce a toda velocidad!

Tuvo que acercarse a él, arrancar sus manos de la borda, y casi arrastrarlo hacia los mandos, mientras la lancha, suelto el volante, iba describiendo un movidísimo zigzag sobre las transparentes aguas azules… Chong Ao quedó de pie ante el volante, con las manos crispadas en él, mirando con ojos desorbitados hacia la otra lancha, que se alejaba cada vez más…

—¡A toda marcha te he dicho! —gritó Brigitte.

Un potente rugido anunció la mayor velocidad que Chong Ao imprimió a la embarcación, que pareció saltar aumentando bruscamente la velocidad. Brigitte corrió a proa con su maletín, se arrodilló allí, sacó una mira telescópica, y la acopló con seco golpe sobre el cañón del rifle desmontable. Alzó luego el arma, encajó al hombre de la otra lancha en la línea de tiro, y disparó… Otro montón de astillas saltó junto al hombre, y la lancha ahora perseguida pareció perder velocidad. Brigitte volvió a disparar pero ahora el proyectil fue al agua, a babor de la embarcación enemiga, debido al bandazo que dio la que ocupaba Brigitte. El siguiente disparo pareció aplastar al hombre contra los mandos, y la lancha perdió todavía más velocidad, casi se detuvo. Por la mira telescópica Brigitte vio la serie de chispazos violáceos que brotaban de la caja de mandos, y al hombre que, con el brazo izquierdo colgando, manchado de sangre, se dejaba caer sobre la cubierta un instante antes de que ella pudiese apretar nuevamente el gatillo.

Pero su lancha se acercaba ya velozmente a la enemiga, que se había detenido completamente y giraba de popa, como si la proa estuviese anclada y la corriente hiciese girar la lancha.

—Aminora la marcha. Y cuidado, pues queda un hombre ahí… Agáchate un poco…

Chong Ao fue obedeciendo nerviosamente las indicaciones de la espía, mientras ésta permanecía alerta, siempre dispuesto el rifle para disparar otra bala mortífera…

El hombre apareció de pronto por un lado de la borda y saltó al

agua, Brigitte disparó, pero supo que no había acertado…, y el hombre, con dos tubos de aire a la espalda y las aletas natatorias en los pies, desapareció en el azul líquido.

Cuando la lancha de Brigitte se detuvo Junto a la otra la hermosa espía sabía ya que era inútil buscar o esperar al tercer hombre, al que había escapado; podía aparecer en cualquier lugar de la costa, incluso entre las rocas, y ella no podría verlo. Desistió pues de buscarlo, y saltó a la lancha vacía, cuyos mandos estaban destrozados a balazos. A un lado se veían unas salpicaduras de sangre, pero era evidente que si el hombre había saltado al agua era porque se consideraba con fuerzas suficientes para escapar… Brigitte bajó a la cabina, que era aún más pequeña que la de su lancha. Como había supuesto, no encontró a nadie allí. Había un pequeño sofá, dos silloncitos, unas cuantas revistas, dos paquetes de cigarrillos vacíos estrujados y tirados al suelo, y algunas botellas de cerveza que rodaban ahora de un lado a otro, merced al balanceo de la lancha… Cuatro botellas de cerveza.

Se acercó a ellas, las estuvo mirando pensativamente unos segundos, y finalmente las recogió metiendo cuatro de sus dedos por el gollete y crispándolos luego un poco, de modo que cuando salió a cubierta parecía que su mano izquierda se había deformado de modo asombroso.

Saltó de nuevo a su lancha, junto al petrificado Chong Ao, al que miró de soslayo, reprimiendo el comentario irritado que sentía a flor de labios. Sin hacer comentario alguno se dirigió a la cabina tras recoger el maletín. Colocó las botellas sobre una mesita, sacó los polvos fijadores de huellas y el pincelito, y se dedicó a embadurnar las cuatro botellas. Chong Ao apareció en la cabina cuando la segunda de las botellas comenzaba a mostrar las huellas en el cristal.

—Brigitte, deberíamos marcharnos de aquí —murmuró.

—Ya no hay peligro —dijo ella secamente—. Siéntate y calla.

Chong Ao obedeció, mientras Brigitte iba obteniendo las huellas de las botellas, primero con los polvos, luego con el fijador, y, finalmente, fotografiándolas con la pequeña pero perfecta cámara con teleobjetivo. Luego quedó pensativa unos segundos… Era posible que alguna de aquellas huellas revelasen algo, pero hasta que lo supiese pasaría tiempo. Quizá más del conveniente…

Entonces lo que convenía era ver los rostros de aquellos hombres, por si los reconocía como clientes del hotel, en cuyo caso podría saber rápidamente con quiénes se habían relacionado aquellos hombres y sabría a quién pedir cuentas de aquellos intentos de asesinato.

Ladeó la cabeza hacia Chong Ao, que parecía abatido, destrozados los nervios. Bien… Posiblemente él no tenía la culpa de ser tan… poco hombre. ¡Qué diferente de cualquier Simón, o de Fantasma, o de Alexandria…! Incluso de Frank Minello, o de tío Charlie, que se irritaba si lo molestaban… Decidió que el muchacho necesitaba un gesto amable, y le sonrió cariñosamente.

—Sube arriba y conduce la lancha hacia el embarcadero.

—Sé… sé lo que estás pensando, Brigitte… Lo sé, pero no he podido evitarlo… ¡No puedo! Ella le acarició una mejilla, y le besó brevemente en los labios, murmurando:

—No puedo decir que me haya gustado, pero te comprendo… Ve arriba y haz lo que te he dicho. Ya no quedan enemigos…, por el momento.

—¿Qué… qué vas a hacer tú?

—Llamaré por el radioteléfono. Ve arriba.

Chong Ao subió a cubierta, no muy convencido. Pero al poco Brigitte notaba la vibración de los motores de la lancha. Descolgó entonces el radioteléfono, pidió comunicación con el club náutico del Yellow Mill Hotel, y encargó un equipo completo para inmersión, indicando que debería estar listo para quince minutos más tarde, tiempo que calculaba invertiría en llegar al club náutico. Luego llamó al hotel, pidió comunicación con Imago Chio, y le indicó que debía apresurarse a llegar al embarcadero a la mayor brevedad posible, con Tao y Magong listos para afrontar cualquier eventualidad. Chio se alarmó y pidió más explicaciones, pero Brigitte cortó la comunicación, recogió sus cosas en el maletín y subió a cubierta.

Saltó de nuevo a la otra lancha, echó el anclote para fijarla allí, y volvió a la suya, mirando al expectante Chong Ao.

—Bien, vamonos ya, querido. Por el momento continuamos vivos…

Capítulo 6

Imago Chio, Magong y Tao estaban esperando en el embarcadero, efectivamente, sombríos los tres, en claro reproche a la negativa de Chong Ao Ben aquella mañana para llevarlos con él.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió enseguida Imago Chio.

—Un nuevo intento para matar al príncipe —musitó Brigitte—. Esta vez eran tres hombres, pero han tenido tan mala suerte como el de anoche.

—¿Eran iguales que el de anoche?

—¿Quiere decir de su raza? No lo sé, pues los vi de lejos. Pero lo sabré pronto.

—¿Qué piensa hacer, cómo sabrá…?

—No hay tiempo para perder, señor Chio. Regresen al hotel, y no se separen del príncipe. Enciérrense con él en su *suite* hasta que yo regrese. No abran la puerta a nadie, no hagan nada, no confíen en nadie… Ni siquiera aunque les digan que ha llegado el momento de la cita y que vienen a buscarlos. Si no estoy yo no acepten nada de nadie. Absolutamente nada. ¿Está bien claro?

—Sí… Sí, desde luego.

—Pues eso es todo. Yo tardaré dos o tres horas en regresar. Ah, otra cosa: no bajen al comedor, no almuercen, no coman nada, ni beban. Ni siquiera agua. Nada de nada, señor Chio.

—¿Teme un envenenamiento?

—De algún modo tienen que intentarlo de nuevo, ¿no?

Imago Chio se pasó la lengua por los labios. Miró a su príncipe y pareció a punto de decir algo, pero optó simplemente por señalar hacia la salida del embarcadero. Se alejó con Chong Ao, seguidos por Tao y Magong, más vigilantes que nunca.

—¿Señorita Montfort?

Brigitte se volvió, y se quedó mirando al hombre vestido deportivamente, con jersey a rayas, descalzo, llevando un paquete

bajo el brazo.

—Sí.

—Encargó usted un equipo completo para inmersiones.

—Ah, sí. Gracias. ¿Lo trae usted?

—Claro —mostró el hombre el paquete—. Le traeré los tubos ahora mismo. ¿Se los llevo a la lancha?

—Sí, por favor. Le espero a bordo.

Subió a la lancha, descendió a la cabina, y procedió a colocarse el equipo. Había conseguido tan sólo enfundar las piernas en el traje de goma cuando notó el zarandeo de la lancha.

—¡Estoy en la cabina! —informó.

El mismo hombre de antes apareció por la escalerilla, y se la quedó mirando sonriente.

—He dejado los tubos arriba. ¿Puedo ayudarla?

—Se lo agradeceré. No es fácil ponerse un traje de goma.

El empleado del club náutico consiguió en poco tiempo lo que a Brigitte le habría costado tiempo y esfuerzos hacer por sí sola, y ella lo agradeció con una sonrisa.

—Es usted muy amable.

—¿Va a pescar? ¿Quiere que la acompañe? A veces es peligroso bucear por estas aguas… Espero que no vaya muy mar adentro, pues los tiburones suelen acercarse a menudo a las costas.

—No se preocupe. ¿Querría hacerme otro favor?

—Encantado.

Brigitte abrió la pequeña cámara y sacó la tira de microfotos, en su estuche hermético.

—Lleve estas fotos a revelar a cualquier sitio, espere allí a que lo hayan hecho, y regrese con ellas al embarcadero. Espero estar de vuelta dentro de un par de horas. ¿De acuerdo, señor…?

—Martin —sonrió el hombre—. Lo haré con mucho gusto.

—Y yo le daré con gusto cien dólares por esta molestia.

—No es necesario…

—Hablaremos luego de eso. No me falle con eso de las fotos. Bien…, ahora tengo que salir ya. Gracias por todo.

Salieron los dos a cubierta. Brigitte vio marchar al hombre, no muy convencida, pero tenía muy poco que perder y mucho a ganar. Si el hombre, cosa poco probable, resultaba enemigo suyo todo lo que obtendría sería fotos de las huellas dactilares de sus

compinches. Si, como parecía sensato y lógico, era un simple empleado del club náutico, estaría encantado de ganar cien dólares por tan sencillo servicio, y ella habría adelantado tiempo y se habría ahorrado molestias.

Puso la lancha en marcha, y poco después salía de nuevo a mar abierta, por Long Island Sound, dirigiéndose a toda velocidad hacia el lugar donde se habían hundido los dos hombres.

Cuando llegó allá sabía que no sería fácil conseguir lo que pretendía, pero tenía que intentarlo…, y ninguna otra cosa que hacer más interesante que aquélla. Se colocó los tubos, las aletas de goma en los pies, se sentó en la borda y bajó la lente monocular hasta sus ojos. Finalmente se colocó la boquilla del aire sobre los dientes, apretando con éstos los salientes de sujeción, y se sumergió. Pronto tuvo motivos para alegrarse, al comprobar que allí había poco fondo. Había abundancia de algas y rocas, pero estuvo segura ahora de que no sería en exceso difícil encontrar aunque sólo fuese a uno de aquellos dos hombres que había matado.

Durante casi media hora estuvo nadando paralelamente a la costa, distante unas doscientas brazas. Transcurrido ese tiempo y ya convencida de que la resaca submarina empujaba todo hacia la playa con gran rapidez, adelantó la línea de búsqueda unas veinte brazas, y durante diez minutos estuvo inspeccionando aquella zona sistemáticamente. No convenía ir de un lado a otro, con precipitaciones, sino recorriendo el fondo con método, con tranquilidad.

El fruto no se hizo esperar demasiado. Justo cuando llevaba cuarenta y seis minutos sumergida, y ya empezaba a pensar en la conveniencia de un descanso, vio uno de los cadáveres. Estaba extraña, trágicamente suspendido a poca distancia del fondo, casi tocándolo, de cara a la superficie… Sus cabellos se movían como algas, en un lento vaivén que le pareció estremecedor, y los brazos se movían también, como sueltos, como una alga más…

Profundizó hasta llegar junto al cadáver, asió los cabellos con una mano, manteniendo así inmóvil la cabeza, y contempló aquel rostro. No era asiático, sino americano. Blanco, al menos. No le conocía, no lo había visto jamás, de modo que tendría que buscar al otro por si…

¡Fsss… ttt!, oyó el siseo y el impacto del arpón.

Éste quedó clavado en la arena a menos de un metro de ella. Se revolvió enseguida, con un sobresalto tan grande que estuvo a punto de soltar la boquilla del aire, lo cual habría sido fatal. Tan fatal como darse cuenta de pronto de que ella ni siquiera llevaba un cuchillo para defenderse. Vio al hombre-rana a unos ocho metros de ella, tirando ya del hilo para recuperar el arpón…, y volverle a disparar, qué duda cabía de ello.

Brigitte Baby Montfort tenía un valor a toda prueba. Bien entendido que el valor a toda prueba es aquel bajo el cual se consigue dominar un miedo lógico en cualquier ser humano. En igualdad de condiciones la agente de la CIA no habría vacilado en pelear, pero en las actuales lo mejor era demostrar al hombre-rana que ella sabía nadar entre dos aguas a una velocidad sorprendente. Quizás en otra ocasión aquel mismo hombre lamentaría enfrentarse a ella, pero en la presente tuvo que salir en pos la espía a toda velocidad, tras un par de segundos que dedicó a recargar el fusil acuático de aire comprimido. Y al mismo tiempo otro hombre-rana aparecía delante de Brigitte y un poco a la izquierda, de modo que desvió la marcha hacia la derecha. El otro estaba más lejos, pero llevaba el fusil cargado. Y ninguno de los dos iba a vacilar en ensartar tan hermosa presa.

Baby tuvo que recurrir como nunca a sus facultades deportivas, moviendo los brazos y piernas a toda prisa, ensordecida por la marcha y por el gorgotear de las burbujas semiesféricas de su propio equipo de aire… El fondo se iba elevando, lo cual quería decir que se acercaba a la costa. Podía llegar a un lugar arenoso, en cuyo caso saldría corriendo a la playa, y, ya en tierra firme, las cosas podían cambiar. Pero si llegaba a un punto donde sólo hubiese rocas iba a quedar atrapada allí…

El tercer hombre apareció cuando Brigitte estaba ya convencida de su mala suerte en aquella ocasión, al ver el sólido muro de rocas de la costa en lugar de una playa arenosa de fácil acceso. Pero cuando iba a desviarse de nuevo, siempre buscando una salida, el recién aparecido buceador movió un brazo en gesto de llamada, y se dejó ver todavía más. Entonces Brigitte comprobó que su indumentaria no era igual a la de los otros dos. Del equipo de goma solamente llevaba la parte superior, de modo que se veían sus piernas al natural; tampoco llevaba casco de goma negro, sino de

un color rojizo. Ni llevaba un fusil acuático, sino algo más pequeño en la mano derecha… Una pistola acuática, que lanzaba pequeños arpones sueltos, que ya no podían ser recuperados.

Bien… Morir por morir podía permitirse el lujo de confiar en alguien, de modo que nadó hacia el nuevo ocupante de las transparentes aguas, que dejó de hacerle señas para salir a su encuentro. Le señaló las rocas de detrás de las cuales había salido, y él se encaró al primero de los dos hombres que llegaban en persecución de Brigitte.

El primero de los enemigos disparó su arpón, y Brigitte, revolviéndose ya en las rocas, vio la ágil maniobra de su auxiliador esquivando la fina barra metálica al mismo tiempo que disparaba su pistola acuática; el pequeño arpón partió hacia el hombre-rana, y se clavó en el centro de su pecho. El hombre-rana pareció recibir una descarga eléctrica y se arqueó soltando el fusil y llevándose las manos al pequeño arpón; la boquilla escapó de entre sus dientes, y las burbujas empezaron a subir impetuosamente hacia la superficie, mientras él se hundía lentamente…

El otro apareció bien visible cuando el salvador de Baby estaba encajando otro arponcillo en su pistola.

Se detuvo, seguramente viendo a su compañero ya casi tocando el fondo y la hilacha roja que iba dejando en las aguas, y pareció vacilar… Pero las intenciones del desconocido amigo de Brigitte no eran las de aceptar la huida del enemigo, ya que se lanzó hacia él nadando con una rapidez que maravilló a la espía norteamericana…, y que espantó al contrario, el cual dio la vuelta y emprendió una franca huida.

Brigitte asistió a la más pasmosa caza submarina que había visto jamás, entre un nadador mediocre y un hombre que nadaba con una velocidad increíble. La distancia de veinte brazas que separaba a ambos hombres se acortó en pocos segundos, y el desconocido nadador disparó por segunda vez… El pequeño arpón se clavó en la espalda del perseguido, que también pareció recibir una descarga eléctrica, soltó la boquilla, y emprendió un rapidísimo descenso girando sin cesar en vueltas perfectas, como piruetas hechas a propósito.

El hombrepez giró inmediatamente, emprendiendo el regreso hacia donde le estaba esperando Brigitte. Llegó junto a ella, se

señaló a sí mismo y luego hacia la derecha. Brigitte asintió con la cabeza, y salió de entre las rocas en pos del desconocido, que tuvo que ir frenando su marcha para no dejarla atrás. Unas cincuenta brazas más allá las rocas desaparecieron, y el hombre nadó entonces hacia la playa. Brigitte le siguió. Le vio ponerse en pie y ella hizo lo mismo. Enseguida escupió la boquilla y respiró a pleno pulmón ávidamente el aire que le pareció maravilloso.

El hombre estaba todavía en el agua, muy cerca de ella, y le tendía una mano grande, nervuda, tostada por el sol. Brigitte la aceptó, y los dos caminaron hacia la ardiente arena. Cuando llegaron allí Brigitte se dejó caer sentada, y se dispuso a alzar la cabeza para contemplar el rostro de su salvador, aunque fuese con lentes y la capucha color rojizo todavía puestas…

¡Clock!, resonó el tremendo impacto en su cabeza.

* * *

Cuando recuperó el conocimiento estaba sola en la playa.

Como a cincuenta metros de ella, en el mar, su lancha se mecía blandamente, sujeta por el anclote. Estaba segura de que ella no la había dejado en tal lugar, así que era fácil deducir que alguien se la había acercado, para… evitarle molestias.

Se sentó en la arena, gimiendo al sentir el tremendo dolor en la cabeza, que palpó con cuidado, localizando el segundo chichón. Vaya, su vida bien valía un chichón… Y ya eran dos.

Se puso en pie y miró a todos lados, pero no vio a nadie. Se quitó el traje de goma, quedando en bikini; hizo un paquete con todo y se adentró en el mar, nadando hacia la lancha… No le costó gran esfuerzo llegar, tiró el equipo a cubierta, se izó ella, y quedó sentada, jadeando, entre irritada y divertida. Irritada por los golpes recibidos, y divertida porque tenía ya una idea de la personalidad del hombre que la había golpeado.

Decidió no continuar sus exploraciones submarinas, para evitar mayores contratiempos y porque, en realidad, estaba convencida de que no conocería a ninguno de los hombres muertos, ahora cuatro, que había en el fondo de aquella playa. Emprendió el regreso al club náutico. Al llegar a éste amarró la lancha al embarcadero, se metió en la cabina, y se vistió. Escurrió el bikini y lo apretó hasta

dejarlo del tamaño escaso de un paquete de cigarrillos.

La lancha se movió entonces, y oyó la voz conocida:

—¿Está ahí, señorita Montfort?

—¡Entre, señor Martin!

El amable empleado del club náutico apareció en la cabina al instante, con un sobre en una mano.

—Hola —sonrió—. ¿Ha pescado algo?

—He visto pescar, pero yo no iba preparada. Me dejé el fusil en la lancha.

—Vaya una lástima, ¿no?

—Sí… Vaya una lástima. ¿Tiene ya las fotos?

—Seguro que sí. Oiga, son unas fotos raras, ¿no cree?

—Un poco. Pero es que yo también soy rara.

Martin abrió mucho los ojos, la miró simpáticamente de arriba a abajo y viceversa, sonrió, y encogió los hombros.

—Bueno… Si usted lo dice… Pero muchas niñas quisieran ser tan raras como usted.

—Le debo cien dólares —rió Brigitte—. Se los enviaré por el botones del hotel. ¿Le va bien así?

—Si se empeña en dármelos, pues bueno, va bien así. ¿Puedo hacer algo más por usted? De veras que lo hago con gusto.

—Entonces consígame un taxi —rió de nuevo la divina—. Y muchas gracias, querido Martin.

—Mi madre —exclamó el hombre, poniendo los ojos en blanco.

Y salió de la cabina tras entregar el sobre a Brigitte, que sacó inmediatamente las fotos y se quedó mirándolas con mucho interés. Para una persona corriente posiblemente las huellas sean todas más o menos parecidas, pero para un agente secreto esos «pequeños» detalles tienen siempre mucha importancia, de modo que aprende desde el principio a diferenciar unas de otras, igual que distinguen el estampido de una pistola del de otra de parecidas características. Y una de aquellas huellas…

Baby recurrió una vez más a su maletín. Sacó las fotos de las huellas del camarero del hotel y de Roscoe Lemans y las miró ávidamente, comparándolas con aquella que había llamado su atención de las del nuevo lote.

Bien.

Muy bien. Perfecto.

La que había llamado su atención era la misma que una de aquellas dos obtenidas en primer lugar. Eso quería decir que o el camarero o Roscoe Lemans habían estado en la lancha con los tres hombres, bebiendo cerveza con ellos mientras, posiblemente, discutían el plan nuevo a seguir para eliminar a Chong Ao Ben.

¿El camarero?

Claro que no, qué absurdo.

Entonces sólo quedaba por hacer una visita al simpático, elegante y rubio vendedor de automóviles llamado Roscoe Lemans.

Alguien tenía que pagar los golpes.

Capítulo 7

Y así es fatalmente.

Siempre alguien paga los golpes. Merecida o inmerecidamente, siempre hay quien paga los golpes perdidos o los mal asestados.

Brigitte había entrado en la *suite* de Roscoe Lemans utilizando una de sus ganzúas, esperando sorprender en alguna actividad comprometida al vendedor de automóviles. Recorrió toda la *suite* antes de encontrarlo, por cierto en una actividad harto reveladora y comprometida; tan comprometida que ya nunca podría zafarse de las consecuencias.

Estaba muerto.

Tenía un cuchillo clavado profundamente sobre el corazón, con tanta fuerza y acierto que ni siquiera había brotado sangre…, apenas unas pocas gotas que inmediatamente habían sido absorbidas por la ropa. Luego lo habían metido en el armario de su dormitorio y lo habían medio sentado, sostenido en tan difícil postura por los cabellos; en éstos habían hecho un rizo, por el cual habían pasado un clavo que luego habían hundido en la pared de madera del fondo del armario. La postura de Roscoe Lemans era en verdad grotesca. Casi más grotesca que trágica, a pesar de que sus azules ojos permanecían abiertos, mostrando mucho la blancura de la córnea, y un poco alzados, como buscando en el cielo alguna explicación lógica a lo que hacían con él.

Brigitte se mordió los labios, cerró la puerta del armario, y se apartó unos pasos. Se sentía deprimida y asustada, porque aquella muerte no era corriente en un espía. Generalmente aparecen degollados o acribillados a balazos en cualquier sitio. Simplemente muertos. Pero la muerte de Roscoe Lemans había servido de… entretenimiento, de diversión a alguien. Quien lo había matado había disfrutado haciéndolo, y se había recreado luego colocándolo en aquella postura, medio suspendido por el clavo que se introducía

en un rizo de sus cabellos.

El espía, Brigitte lo sabía muy bien, no suele generalmente matar por placer. Lo hace por necesidad o por mandato. Y en ninguno de ambos casos disfruta, ni, mucho menos, se entretiene con el cadáver creando figuras grotescas… Lo degüella, lo estrangula, lo acribilla a balazos, lo atropella con un coche, lo tira desde un avión, lo revienta con una granada de mano… Cualquier cosa. Pero siempre sin refocilamientos, siempre con prisa… Mata y escapa. Desaparece inmediatamente, tras matar de cualquier forma y por necesidad para resolver su problema del momento. Y nada más.

En aquella ocasión, sin embargo, la muerte de Roscoe Lemans había sido un juego… que no le gustaba a Brigitte, la cual, todavía pálida, abandonó aquella *suite* y bajó al vestíbulo, donde no vio a ninguno de los personajes que, en su opinión, podían tener algo que ver con aquel asunto. Se acercó a conserjería, donde el encargado le aseguró que nadie había dejado recado alguno para ella. Brigitte describió entonces al atleta en reposo.

—Sin duda se refiere usted al señor Garfield —asintió el conserje —… Lon Garfield, de las Bahamas.

—De las Bahamas —murmuró Brigitte—… ¿Se ha marchado?

—No, no. Debe de estar en su *suite*, porque no veo su llave en el casillero, el nueve. ¿Desea que lo llame por teléfono?

—Oh, no. Era sólo curiosidad. Muchas gracias. Si llegase algún recado para mí, o alguien me requiriese, estoy en mi *suite* o en la de mi jefe… Ya sabe: el joven hindú.

—Sí, sí… ¿Algo más, señorita Montfort?

—Creo que ustedes tienen en el club náutico un empleado llamado Martin. ¿Es exacto esto?

—Lo es, sí.

—Tenga la bondad de hacerle llegar cien dólares y cárguelos en mi cuenta. Al mismo tiempo quiero hacer constar que estoy muy satisfecha de sus servicios y de los de todo el personal del hotel en general.

—Muchísimas gracias —enrojeció de placer el hombre—… Siempre a sus órdenes, señorita Montfort. Sonriendo, Brigitte se dirigió hacia la *suite* del hombre llamado Lon Garfield, sita en el primer piso.

Segundos más tarde la espía introducía la ganzúa en la cerradura de la puerta, entraba, y cerraba tras ella. La *suite* estaba poco menos que a oscuras, con todas las persianas cerradas, de modo que sólo entraba una leve claridad solar. Caminó hacia el dormitorio, al cual asomó cautamente la cabeza. También allí las persianas estaban casi completamente cerradas, pero había la suficiente claridad para ver al hombre llamado Lon Garfield y que decía proceder de las Bahamas; estaba tumbado en la cama, sólo con pantalones de pijama, durmiendo profundamente. Tenía una respiración fuerte, potente, y el poderoso pecho se movía acompasadamente.

Baby entró en el dormitorio, siempre sin hacer el menor ruido. Fue al armario, lo abrió, y echó un vistazo al interior. Vio un par de trajes, algunos pantalones, un esmoquin, media docena de pares de zapatos, unas pocas corbatas… En la maleta no había nada interesante.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita Montfort? ¿Busca algo especial?

Brigitte se volvió vivamente, alzando sus faldas y tirando de la pistola que llevaba pegada al muslo izquierdo, con la que apuntó firmemente al atleta, que se había incorporado sobre los codos. La media luz ponía de relieve sus poderosos músculos.

—Busco una pistola submarina, señor Garfield.

—¿Una pistola submarina? —Garfield saltó de la cama y fue a abrir las persianas, de modo que el dormitorio se inundó de luz solar—. ¿Sugiere que le he robado una pistola de esas características?

—¿Quién es usted?

—Vamos, supongo que ya se ha enterado: Lon Garfield.

—¿Y procede de las Bahamas?

—Efectivamente. ¿Le parece mal?

—¿Qué hace usted en Bridgeport?

—¿Es usted de la Policía? —Garfield alzó las cejas—. ¿O del Servicio de Inmigración, o…?

—¿Quiere dejar de decir tonterías?

El atleta quedó con la boca abierta unos segundos; de pronto sonrió, encendió un cigarrillo, y se sentó en el borde de la cama, bostezando ampliamente.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —inquirió de pronto Brigitte.

Lon Garfield volvió a sonreír, dio una chupada al cigarrillo, e informó, amablemente:

—Igor Chislenko. Ruso, por supuesto. De la MVD, por más señas. Es decir, el más claro y neto enemigo de la CIA, por… norma.

—¿Cómo se atreve a decir eso delante de una agente de la CIA? ¿Está loco?

—Sé muy bien que cierta importantísima agente de la CIA ha tenido en varias ocasiones gentilezas con agentes de la MVD ¿Por qué no guarda esa pistola? Es una tontería amenazar a un hombre que ha podido matarla tranquilamente mil veces… y no lo ha hecho.

—Y que además me ha salvado la vida, ¿no es eso?

—No sé a qué se refiere —volvió a bostezar el ruso.

—Señor Chislenko, voy a ser muy breve. Pero cuando termine de hablar quiero una sola y sincera palabra por respuesta. Veamos: usted, cuando me vio llegar al hotel, colocó un par de «oídos mágicos» en mi *suite*. Luego se convenció de que yo no era el enemigo que estaba esperando, y decidió retirarlos. Para ello tuvo que golpearme. Posteriormente se molestó en procurarse a toda prisa una parte de equipo de hombre-rana, con el exclusivo propósito de ayudarme…, lo cual debo admitir que hizo a la perfección. Por mi parte los dos golpes están perdonados, se lo aseguro. Y ahora pregunto: ¿es cierto lo que acabo de decir?

—Sí.

—¿Por qué un agente de la MVD está ayudando a una agente de la CIA?

Chislenko fumó plácidamente y murmuró:

—En una causa común es conveniente unir las fuerzas.

—¿Causa común? ¿A qué se refiere?

—A la visita del príncipe Chong Ao Ben a Estados Unidos.

—De modo que está enterado de eso… ¿Qué más sabe?

—No estoy muy seguro. —El gesto de Igor Chislenko se endureció de pronto—. Tengo ideas, pero… Por el momento sólo puedo decirle que se está jugando sucio.

—¿Quién está jugando sucio?

—Creo que no debo exponer mi opinión, por el momento. Pero sí le diré que quien mató a Andrei Palorin lo va a pagar.

—¿Quién es… o era Andrei Palorin?

—Mi compañero. Salimos juntos de cierto punto de Siberia, detrás de Chong Ao Ben. Llegamos a las Bahamas. Allá encontré a Andrei degollado sobre mi cama. Eso es todo.

—¿Cree que es obra de la CIA?

—Si creyese eso —sonrió fríamente Chislenko— usted estaría tan muerta como Andrei… aunque en otras ocasiones hubiera contraído méritos estimables.

—Entiendo —musitó Brigitte—… También a mí me faltan dos compañeros. ¿Sabe usted algo de ellos?

—No.

—Supongo que no está mintiendo.

—Sería absurdo. Atienda bien: están matando hombres de la MVD y de la CIA. ¿Es usted lo bastante inteligente para comprender que debemos unir nuestras fuerzas?

—Soy lo bastante inteligente para eso… y para mucho más, señor Chislenko —aseguró Brigitte, guardando su pistola.

—Pues me alegro de eso —sonrió el ruso—. ¿Un cigarrillo?

Brigitte asintió, se sentó también en el borde de la cama, y tomó el cigarrillo encendido que le tendió su colega ruso.

Sonrió al ver la amistosa y un tanto perpleja mirada de éste.

—Le he sorprendido, ¿no es cierto, Igor? —sonrió.

—Bastante —admitió sonriendo a su vez el de la MVD—. Pero la vida tiene sorpresas mayores. ¿Qué sabe del asunto? Y, claro, vamos a dejar aparte ese… tratado que puede firmarse en cualquier momento entre *Mr*. Johnson y Chong Ao Ben.

—¿También sabe eso? —Respingó Brigitte.

—Ajá. Pero dejando eso aparte… ¿qué sabe usted?

—Nada. De veras, nada.

—Yo sí —reflexionó el soviético—. Veamos: Andrei y yo salimos detrás de Chong Ao Ben. Al llegar a las Bahamas, Andrei, que conocía mejor que yo a Chong Ao Ben, se dedica a vigilarlo. Y, de pronto, lo encuentro muerto en mi cama. Casi al mismo tiempo me entero de que el príncipe reinante de Tadún y sus acompañantes han desaparecido… Bien, eso no es lo exacto. Digamos que… al parecer habían salido a pescar, en un yate alquilado, un par de días. Alquilo un helicóptero, emprendo el vuelo, y localizo el yate rumbo a Estados Unidos. Siguiéndolo por etapas sé que están en

Bridgeport. Regreso a Nassau, dejó el helicóptero, tomo un avión y me presento finalmente en este hotel con el nombre de Lon Garfield. Aquí, una señorita muy hermosa entra en contacto con Chong Ao Ben. Coloco micrófonos en su *suite*, pero pronto comprendo que no sabe muy bien las… intenciones de los personajes asiáticos. Subo a retirar los micrófonos…, y tengo que golpearla. Deduzco que pertenece a la CIA. Entonces pienso: ¿ha sido la CIA quien ha eliminado a mi compañero Andrei? La respuesta está muy clara: no.

—¿Por qué está tan clara la respuesta?

—Porque si hubiese sido la CIA no sólo habrían dejado el cadáver de mi compañero en mi dormitorio, sino que me habrían esperado a mí y me habrían eliminado también. ¿Cierto?

—Lógico…, si usted representaba peligro… o molestias.

—Entonces quien ha matado a Andrei no es la CIA. Es alguien que tiene prisa, y que no dispone de muchos… efectivos.

—Lo que usted está insinuando, Igor… —Brigitte se mordió los labios.

—Un momento. Si solamente hubiese muerto Andrei todo tendría una fácil explicación. Pero, según parece, también han… desaparecido dos agentes de la CIA. Entonces es evidente que alguien está fastidiando a la CIA y a la MVD. ¿Consecuencia lógica? Ésta: considerando que sea quien sea esa persona o personas deben estar de parte de unos o de otros, el hecho de haber asesinado agentes de la MVD y de la CIA indica claramente que están jugando sucio. No tienen amigos. Están buscando algo… especial. Tan especial que no les importa liquidar nada menos que agentes rusos y norteamericanos. Incluso no les importa eliminar a sus aliados.

—¿Qué aliados?

—Roscoe Lemans, por ejemplo. ¿Lo ha visto?

—Sí —suspiró Brigitte.

—Una muerte desagradable. Y luego ese… ensañamiento, ese sadismo. Yo no me habría… entretenido tanto con un cadáver.

—Yo tampoco —aseguró Brigitte.

—¿Se da cuenta? Tenemos, entonces, los siguientes datos: un joven príncipe que viene a firmar un tratado con el presidente de Estados Unidos de América. La CIA. La MVD. Y… alguien que tanto mata gente de la CIA como de la MVD, como intenta asesinar a

Chong Ao Ben. ¿Qué le sugiere todo esto?

—No lo sé.

—Atienda: dos intentos de asesinato contra Chong Ao Ben. Los dos fracasan. Está claro que Roscoe Lemans y algunos hombres americanos están… o estaban metidos en el asunto. Ahora todos ellos están muertos. Y también está muerto un solo asiático que intentó asesinar a Chong Ao. ¿Sigue sin comprender nada? ¿Tiene todo esto alguna consecuencia?

—Se me ocurre que sólo una: acelerar el momento de la entrevista entre *Mr.* Johnson y Chong Ao Ben.

—¿Y quiénes son los mayores interesados en esa entrevista?

—El señor Johnson y Chong Ao Ben.

—¿Y cree que su presidente ha ordenado que alguien asesinase a Andrei Palorin, a dos hombres de la CIA, a Roscoe Lemans por haber sido descubierto, a Chong Ao Ben…?

—Por supuesto que *Mr.* Johnson no ha dado esas órdenes.

—Entonces, si descartamos a *Mr.* Johnson de la lista de los sospechosos —sonrió Chislenko—…, ¿quién queda?

—Chong Ao Ben… ¡Eso es imposible, Igor!

—¿Verdad que así parece? Por eso digo que alguien está jugando sucio. ¿Quién y por qué? ¿Por qué asesinar para precipitar la entrevista con el presidente de Estados Unidos? ¿Qué clase de juego sucio es el que nos rodea?

—¿Usted no lo sabe?

—Tengo alguna idea.

—Pero por el momento no quiere decírmela. De acuerdo. Pero dígame: ¿cuál es en concreto su misión?

—Obviamente evitar que Chong Ao Ben firme ese tratado, de modo que Estados Unidos no pueda tener bases militares en Tadún.

—¿Y por qué no ha matado a Chong Ao Ben, simplemente? Usted ha podido hacerlo, no lo niegue.

—No lo niego.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—La conversación ha terminado —zanjó amablemente el espía ruso—. Adiós, señorita Montfort.

—¿Está esperando algo? ¿Está esperando que recojamos a Chong Ao Ben para llevarlo con el señor presidente? ¿Qué pretende?

—Pretendo solamente pensar. Es lo que estaba haciendo cuando

usted ha llegado. Concédame una hora más… y tendré resuelto el problema. Pero si prefiere jugar sucio conmigo le diré que yo puedo hacer frente a cualquier situación… de emergencia.

—Le debo la vida. Y un… cierto respeto que se ha ganado por su comportamiento con un agente enemigo. De modo que jugaré limpio con usted, Igor: yo quiero que Chong Ao Ben firme ese tratado. Y como usted quiere que no lo firme, pues… que gane el mejor, como suele decirse.

—En espionaje, al menos a nuestros niveles de alta categoría, no hay mejor ni peor. Siempre hay un solo vencedor: la Suerte.

—Entonces lo siento por usted —sonrió Brigitte—: yo siempre he tenido mucha suerte.

—Yo también —aseguró sonriente Chislenko.

—Hasta dentro de una hora, entonces. Dosvidania.

—De modo que habla usted el ruso… La felicito. Tengo entendido que es más difícil que el inglés.

—Cualquiera sabe decir adiós en ruso —rió Brigitte.

Abandonó la *suite* del ruso. Cuando entró en la suya poco después estaba sonando el teléfono. Corrió a atender la llamada.

—Señorita Montfort, un caballero la está esperando.

—Gracias. Bajo ahora mismo.

Capítulo 8

El caballero que la estaba esperando en el jardín era un tipo de cejas espesas, mirada penetrante, y gesto adusto que se desvaneció ligeramente al ver a Brigitte, a la que se acercó.

—¿Baby?

—Hola —sonrió la divina.

—Vengo de parte de tío Charlie. La operación está a punto de terminar.

—Magnífico. ¿Cuándo exactamente?

—A las siete, en el cruce de Lordship Road y Strattford Avenue, un automóvil Lincoln de color rojo recogerá al príncipe Chong Ao Ben y le llevará al pequeño aeródromo de Lordship, donde abordará un avión que lo llevará a Washington. A las siete en punto.

—Yo siempre hago las cosas en punto. ¿Puedo quedarme?

—¿Quedarse aquí? ¿Por qué motivo?

—Simón y Simón han desaparecido. Quiero encontrarlos.

—¿Desaparecido? —se alarmó el hombre—. ¿Qué quiere decir?

—No sé dónde están, y he perdido el contacto con ellos.

—Eso es grave… Le dejaré un par de compañeros para…

—No. Quiero que consideren despejado el campo. Y no quiero más compañeros que puedan caer en una trampa.

—¿Prefiere caer sola?

—Prefiero que no caiga nadie más.

—Bien… No sé. —El hombre vaciló visiblemente, frunciendo todavía más las espesas cejas—… Supongo que debo autorizar esa… actitud suya. Tiene veinticuatro horas. Si en ese plazo los hombres que le fueron asignados como colaboradores no han aparecido la CIA intervendrá… con todo su peso.

—De acuerdo. ¿Alguna orden especial?

—No. Y usted… ¿tiene algo especial que decir?

—Nada. —Brigitte decidió no revelar la presencia de Igor

Chislenko—. Algunos incidentes que relataré detalladamente en mi informe escrito. Estuve a punto de llamar a tío Charlie para que les diese prisa: han intentado matar a Chong Ao Ben dos veces.

—No se ha podido concertar antes la entrevista… Siga cuidando de él hasta las siete. A partir de entonces nosotros nos haremos cargo de ese príncipe.

—Lo cual me satisfará enormemente. He sacrificado mucho en este asunto.

—Todos sacrificamos siempre algo… o mucho.

—Ya lo sé —susurró Brigitte.

El hombre se alejó, y Brigitte quedó pensativa en el jardín. Pensaba en Igor Chislenko, y en la extraña situación en que ambos se hallaban merced a aquella sorprendente e inesperada alianza.

Regresó al interior del hotel y se dirigió a la *suite* de Chong Ao Ben. Tal como esperaba, Magong, Tao, e incluso Imago Chio estaban con el príncipe. Los cuatro se quedaron mirándola con gran atención.

—Estén preparados para viajar a las seis y media.

—¿Ya? —exclamó Chio.

—Sí. Yo no iré con ustedes. A las siete, un Lincoln de color rojo los recogerá en el cruce de Strattford Avenue y Lordship Road. Está muy cerca de aquí, podrán verlo en el plano del vestíbulo. Salgan a pie, vestidos a la americana, sin turbantes ni ninguno de esos detalles de su país. Ya he avisado que yo me quedo, pero si lo prefieren les acompañaré hasta allá.

—Yo prefiero que vengas —susurró Chong Ao.

—Y a mí me parece lo más prudente —apoyó Imago Chio.

—Está bien. No lleven equipaje, no se les ocurra pagar la cuenta del hotel, no digan a nadie que se marchan. Nosotros nos encargaremos de todo más adelante. Nos veremos a las seis y media.

—¿Adónde vas? —inquirió Chong Ao.

—Tengo algunas cosas que hacer —sonrió desganadamente Brigitte—. Hasta luego.

—¿No quieres quedarte? —insistió Chong Ao, quejumbroso.

—No puedo —Brigitte señaló a los dos gigantes—. Ellos te cuidarán hasta que yo vuelva a buscarte. Salió de la *suite* 18, recorrió el corto trecho de pasillo que la separaba de la 22, entró,

cerró, y fue a sentarse en el sofá. Se sentía cansada. Quizá debió haberle dicho a su compañero de la CIA que acababa de ver en el jardín todo lo que estaba ocurriendo; debió pedir ayuda y remover con más energía en aquel asunto hasta encontrar la solución. Pero estaba segura de que en cuanto Chong Ao se fuese ella podría moverse con más libertad y no tardaría en llegar a la verdad de la cuestión.

Durante más de una hora estuvo sentada allí, fumando, siempre pensativa. Transcurrido ese tiempo se dijo que había llegado el momento de ir a ver de nuevo a Igor Chislenko, con la esperanza de que el espía ruso cumpliese su palabra y la informase de sus sospechas. Era posible que, juntando las sospechas de ambos, llegasen a alguna conclusión interesante, más o menos cercana a la verdad.

Se puso en pie y fue al dormitorio, hacia el armario, dispuesta a cambiarse rápidamente de ropa. Le diría a Chislenko…

Había abierto el armario, y, tras el frío estremecimiento, quedó inmóvil de espanto, aterrorizada.

Ya no tendría que buscar más a Simón y Simón. Estaban allí. Sólo conocía a uno de ellos, pero el otro tenía que ser forzosamente el llamado Roy. Estaban los dos como metidos a la fuerza en el armario, rígidos, lívidos, muertos y bien muertos. O por mejor decir, mal muertos.

Pero aquello casi era natural, casi lo había estado esperando, y no tenía importancia comparado con lo otro, con… aquello. «Aquello»… Ambos tenían los ojos abiertos, pero se los habían pinchado con un punzón y el resultado era escalofriante, horrendo.

De pronto sintió unas violentísimas náuseas, que la empujaron a toda prisa hacia el cuarto de baño. Cuando salió de allí su rostro estaba desencajado, lívido.

Fue al armario, lo cerró, y quedó ante él como paralizada, como si después de tan simple gesto sus fuerzas hubiesen desaparecido, como si sus nervios hubiesen muerto. Tardó más de un minuto en reaccionar. Dio media vuelta rápida y salió de la *suite*, prietas las mandíbulas. Bajó velozmente al primer piso, sacó la ganzúa, y, más silenciosamente que nunca, entró en la *suite* de Igor Chislenko, sacando inmediatamente la pistola.

El silencio era absoluto, pero Chislenko no podría engañarla ya:

era imposible que continuase durmiendo, desde luego…

Desde luego.

Igor Chislenko no estaba durmiendo. Estaba sobre la cama, eso sí, pero no dormía. Estaba muerto.

Tenía un golpe sobre la frente y otro sobre un pómulo; un par de golpes fortísimos, que sin duda lo habían desvanecido. Luego, quien se los había propinado lo había estrangulado con un cordón de seda…, y con los extremos había formado un lazo que colgaba hacia ambos lados del cuello del hombre de la MVD.

—Dios… mío —jadeó Brigitte.

Estaba soñando… Sí, estaba sufriendo la más espantosa pesadilla de su vida. Aquello no podía ser realidad.

Consiguió apartar la mirada del cadáver de Igor Chislenko, sacudió la cabeza, y, de pronto, sintió que por un instante sus cabellos se ponían de punta. Salió corriendo de la *suite*, regresó al segundo piso, y se detuvo jadeante ante la puerta de la *suite* 18. Estuvo a punto de llamar, pero optó por utilizar una vez más la ganzúa. Abrió la puerta, entró, se deslizó hacia el dormitorio…

Chong Ao Ben estaba vuelto hacia la puerta, asustado, muy abiertos los ojos, mirando hacia allí. Estaba sentado en el silloncito poniéndose unos zapatos, y así quedó, como paralizado.

—Chong Ao —musitó Brigitte—… ¿Estás bien?

—Sí… Sí, estoy bien…

—¿Dónde está Imago?

—Fue con Magong y Tao a su *suite*, a buscar unos papeles que hemos traído escondidos… ¿Qué pasa?

—No te muevas de aquí; vuelvo enseguida. Cierra con llave, y no abras a nadie más que a mí. A nadie absolutamente.

—Pero si Imago vuelve…

—A él menos que a nadie. Obedéceme, Chong Ao.

Salió de aquella *suite*, esperó a oír el desplazamiento del pestillo, y fue hacia la *suite* 19. Aplicó el oído a la madera, pero no oyó nada. Una vez más recurrió a su ganzúa. Entró en la *suite*, se deslizó hacia el dormitorio…, y se quedó mirando a Imago Chio, de espaldas a ella e inclinado junto a la cama, empujando no sin esfuerzo el cadáver de Magong para ocultarlo debajo; tarea harto difícil teniendo en cuenta la corpulencia del asiático.

—¿No le resultaría más fácil meterlo dentro del armario, señor

Chio?

Imago Chio lanzó un grito ahogado, y se volvió velozmente hacia Brigitte. Se quedó mirándola con ojos de espanto, excitado… Unas gotas de sudor resbalaban por su frente hacia los ojos por las sienes.

—Yo… Eee… Yoyo…

—Siga, siga. Usted… ¿qué?

—Era… era necesario matarlos…

—¿Por qué?

Imago Chio miró a todos lados, acorralado. Su boca pareció sellarse y secarse. La cerró con tanta fuerza que Brigitte comprendió que sólo osmetiéndolo a métodos especiales hablaría.

—Apártese de ahí… Pero primero saque los cadáveres: quiero examinarlos.

—No… ¡No! Están… están muertos, eso… eso es todo…

—Asombroso —ironizó fríamente la espía—: cadáveres muertos. Vamos, sáquelos de ahí. ¡Obedezca! Imago Chio estaba muy excitado, casi tembloroso. Se inclinó hacia el cadáver de Magong, pero de pronto en su mano apareció un cuchillo todavía ensangrentado, mientras se volvía hacia Brigitte echando el brazo hacia atrás, dispuesto a lanzarlo…

Baby Montfort apretó el gatillo de su pistola, e Imago Chio saltó haia atrás, sobre la cama. El cuchillo escapó de su mano, pero él se puso en pie y pareció dispuesto a lanzarse contra Brigitte a pesar de la mancha de sangre que se veía en su pecho… La espía volvió a disparar, y el asiático recibió otra bala en el pecho. Cayó hacia delante, rebotó, quiso sostenerse con los brazos, y Brigitte le disparó de nuevo, aplastándolo contra el suelo…

Imago Chio empezó a recorrer la Ruta de los Muertos.

Brigitte pasó por encima de su cadáver, fríamente. Asió una mano de Magong y tiró de ella hasta conseguir sacar el cadáver completamente de debajo de la cama. Lo examinó, y frunció el ceño. Sacó también el cadáver de Tao, y tras examinarlo asimismo la arruga se marcó más profundamente en su entrecejo. Estaban muertos, ciertamente, pero de un modo… brutal, basto, rudimentario. Era fácil adivinar lo que había sucedido: Imago Chio había clavado una cuchillada en la espalda de Tao, y luego, seguramente, en el estómago de Magong, al volverse éste. Los dos

gigantes, rendidos por las cuchilladas, habían caído al suelo, y Chio se había ensañado con ellos hasta matarlos…

Un par de asesinatos feroces, frenéticos, en absoluto parecidos a los de Roscoe Lemans, Igor Chislenko, Simón y Simón…

La verdad comenzó a abrirse paso en el cerebro de Brigitte Montfort…, pero, al mismo tiempo, un agudo punzón pasaba ante sus ojos y se apoyaba de punta en su garganta, mientras otra mano le quitaba la pistolita y la tiraba a un rincón del dormitorio, lejos de su alcance.

—¿Lo has adivinado ya, Brigitte? —susurró la voz.

—Sí —musitó ella.

La aguda punta se apartó de su garganta. Una mano la asió de un brazo, le dio la vuelta, y luego la empujó, dejándola sentada en la cama.

Entonces Chong Ao Ben quedó ante ella, sonriendo sádicamente.

—¿Y qué es lo que has adivinado…, amor? —inquirió.

—Tú… tú eres el asesino… de todos ellos…

—De Magong y Tao no. Eran poca cosa para mí, y por eso se lo encargué a Imago. Parece que se puso… nervioso y organizó una fea carnicería, ¿verdad? ¿No te parece que él carece… carecía de refinamiento? ¡Qué distintos modos de matar! Él lo hace como un verdugo que actúa por primera vez; yo con finura, con… elegancia. ¿No te han parecido muy artísticas las muertes de tus dos amigos, del ruso, del idiota de Roscoe Lemans…?

—Estás loco —murmuró Brigitte.

—¿Yo? ¿Yo loco? Creo que no has comprendido bien las cosas…, amor. Roscoe Lemans, que hacía tiempo trabajaba en Estados Unidos para nosotros, hizo muy mal las cosas esta vez. Por eso murió, cuando sus hombres hicieron tan mal el simulacro de intento de asesinato contra mí, y cuando los otros dos murieron también, bajo el agua, a manos del agente ruso. No me gustan los ineptos. Por eso, aunque tú no hubieses matado al hombre de anoche en el jardín, Tao tenía orden de hacerlo. Su trabajo ya estaba hecho. Tenía que simular que quería asesinarme… y no supo hacerlo demasiado bien. Pero, claro, de todos modos tenía que morir. Para eso lo trajimos aquí.

—¿El hombre que maté era amigo tuyo? ¿Él sabía que tenía que morir?

—No, no… Él cumplía órdenes, todas ellas encaminadas a dar prisa a la CIA para que me llevase junto al presidente Johnson antes de que se diesen cuenta de la suplantación. Todos tenían que simular que querían matarme, pero fueron tan torpes que tú los fuiste matando…, con lo cual nos ahorraste algo de trabajo…, y también de placer. Eran agentes de escasa valía, que pronto habríamos tenido que liquidar nosotros mismos.

—No comprendo… No sé a qué te estás refiriendo…

—¿No lo entiendes? Yo no trabajo para Tadún, sino para otro país que no quiere tener en su frontera fuerzas yanquis.

—¿China?

—Por ejemplo.

—Pero no entiendo… Si trabajas para China, igual que lo estuvieron haciendo Imago Chio, Magong, Tao, Roscoe Lemans, el hombre de anoche…, ¿por qué matarlos?

—Porque huiré mejor solo, amor.

—¿Huir? ¿Tanta molestia sólo para ahora huir, Chong Ao?

—Oh, todavía me queda algo por hacer… antes de que se den cuenta de que yo no soy Chong Ao Ben.

—Entiendo.

—¿Entiendes? —Brillaron de admiración los ojos del asiático—. ¿Qué es lo que entiendes?

—Suplantaste al verdadero Chong Ao Ben en las Bahamas. Imago Chio, Magong y Tao, que también trabajaban para China, estaban en el mismo plan. En las Bahamas sólo un agente ruso supo esto, y pudiste matarlo. Luego viniste aquí, y tenías tanta prisa en ver al presidente porque temías que tu suplantación fuese notada. A fin de acelerar la entrevista ideaste ataques contra ti, recurriendo primero a uno de tus acompañantes, que llegó por separado de las Bahamas, y luego recurriendo a Lemans, otro agente chino de cuya existencia sabías. Luego los fuiste eliminando a todos, incluyendo a Tao, Magong… Posiblemente incluso habrías matado a Imago Chio con tal de cumplir tu verdadera misión en Estados Unidos… ¿Cuál es esa misión, Chong Ao…, o como te llames?

—Primero fue matar al verdadero Chong Ao, hermanastro mío, que sí quería la alianza con Estados Unidos. Muerto él, cuando yo regrese a Tadún reinaré… Y no habrá alianza con Estados Unidos. Pero antes conmoveré al mundo con mi más perfecto, logrado e

importantísimo asesinato.

—¿Qué asesinato?

—El del presidente Johnson.

Brigitte palideció intensamente, y quedó muda de espanto. Tardaba tanto en reaccionar que el asiático se echó a reír burlonamente.

—Estás loco —jadeó por fin Brigitte—… ¿De veras crees que podrás asesinar el presidente de Estados Unidos?

—Estoy convencido. Y no sólo conseguiré eso, sino que podré marcharme tranquilamente del lugar de la entrevista.

—Ni tú mismo puedes creer eso… Estarás rodeado de agentes secretos, de expertos en toda clase de armas… No podrás pasar ni una aguja hasta donde esté el presidente. Y si intentases acercarte a él más de lo normal para cualquier intento manual de asesinato caerías acribillado a balazos en medio segundo.

—Ya supongo eso. Pero te aseguro que podré asesinarlo y marcharme tranquilamente.

Brigitte parpadeó repetidamente, intrigada… y asustada ante aquel loco, el falso amante de los dulces y suaves colores de las mariposas. Decidió sonsacarlo provocándolo. Y así lo hizo.

—No podrás conseguirlo jamás —desafió.

—Podré. Primero llegaré al lugar donde tus amigos me están esperando. Diré que los míos se han quedado aquí, y me llevarán al avión. Posiblemente tardaré menos de una hora en llegar junto a vuestro presidente. Y cuando me marche su sentencia de muerte estará firmada.

—¿Cuando te marches? —se desconcertó Brigitte.

—¿Ves esta gran esmeralda?

El asiático mostró una esmeralda enorme, asombrosa, casi del tamaño de una pelota de tenis, que dejo estupefacta a Brigitte por unos segundos antes de asentir.

—Sí… La veo.

—Tiene un hueco dentro. Y una ranura invisible a todo su alrededor. Puede abrirse por simple presión, girando las dos partes en direcciones opuestas. También hay dos orificios finísimos por los que circula una corriente de aire… A tu presidente le diré que es una joyajoyero. Será un bonito presente para su esposa… Pero cuando yo me vaya el presidente de Estados Unidos, hombre normal

al fin, curioso como todos, abrirá la joyajoyero…

—¿Es una bomba? —exclamó Brigitte.

—¡No, no! —rió alegremente Chong Ao—. ¿Tan poca imaginación me supones? Nada de bombas… Dentro de la esmeralda, simplemente, hay una diminuta víbora de las tierras bajas de Tadún llamada najhira. Es poco más larga y gruesa que un alfiler, y lleva más de una semana encerrada ahí dentro. Cuando la joya sea abierta la najhira saltará como una flecha hacia las manos de tu presidente… Una vez lo haya picado *Mr*. Johnson vivirá apenas un minuto… Una agonía breve, pero espantosa. Esa pequeña víbora tiene una particularidad: no hay antídoto contra su fulminante veneno y muere cuando mata… Por eso, generalmente, en Tadún casi nadie muere bajo su mordedura, pues ella sabe que matando muere. Pero esta najhira lleva más de una semana encerrada… Estará furiosa, muy furiosa… Aunque ella sabrá que va a morir matará al presidente de los Estados Unidos de América… ¡Quieta!

Brigitte detuvo su temblorosa mano muy cerca de su falda. Se quedó mirando a Chong Ao con ojos desorbitados.

—Sólo quisiera… fumar un cigarrillo… Tengo los cigarrillos en este bolsillo de la falda… Chong Ao se acercó a ella y puso la punta del punzón en su garganta.

—Saca tus cigarrillos. Pero si no son cigarrillos lo que quieres sacar vivirás unos minutos menos…, amor.

Baby sacó el paquete de cigarrillos, extrajo uno, y lo encendió con el pequeño mechero incrustado en un lado del estuche. Le temblaban tanto las mandíbulas que el cigarrillo parecía a punto de saltar de un momento a otro. Se lo quitó de la boca y miró angustiada a Chong Ao Ben.

—No me mates —suplicó—… Déjame vivir… Iré contigo adonde quieras, haré siempre lo que desees… Aunque no seas príncipe, aunque no puedas reinar en Tadún, yo iré siempre contigo…

—¿Quién dice que no soy príncipe?

—Tú… tú lo has dicho…

—Oh, sí. Pero me refería a mi rango en Tadún. Allá, hasta ahora, he sido nada más que el hermanastro del príncipe heredero…, que ahora está en el fondo del mar, degollado y mutilado… Jamás el ejército de Estados Unidos podrá poner el pie en Tadún, jamás… Y

yo seré príncipe… ¡Lo soy ya!

—Todavía no te han aceptado en Tadún…

—¡Pero soy príncipe! ¡Soy el príncipe de los espías! ¿Alguna vez un espía tuvo ambiciones tan grandes como las mías? ¿Alguna vez hombre alguno lo preparó todo tan bien? ¿Alguna vez un hombre pudo merecer con más méritos que yo el título de príncipe de los espías? ¿Soy o no soy príncipe…, amor?

Brigitte, que lo miraba seriamente, asintió con la cabeza.

—Eres príncipe, Chong Ao. Lo admito. Pero siempre hay alguien con más categoría que un príncipe… Incluso en el mundo del espionaje.

—¿Sí? —rió Chong Ao—. ¿Quién? ¿Quién es más que un príncipe? ¿Un rey? ¿Dónde está ese rey?

—O una reina —sonrió Brigitte—. Y por si lo ignorabas, yo soy la reina del espionaje. Como comprenderás, entonces, un príncipe es poco para mí. Ya ves: príncipe contra reina… ¿Quién ganará? ¡Siempre la reina!

Baby se colocó el cigarrillo en los labios, ante los incrédulos ojos de Chong Ao. Y en lugar de chupar del cigarrillo sopló fuertemente… Un chorro de chispas candentes salió disparado con fuerza contra el rostro de Chong Ao Ben, que lanzó un grito retrocediendo un paso y protegiendo su rostro con ambas manos. La agente de la CIA se puso en pie de un salto, golpeó con una mano la muñeca de la mano armada de Chong Ao, y el punzón saltó lejos. Lo acabó de alejar con un pie, se tiró hacia la pistola, la empuñó, y apuntó al asiático, fríamente, entornados los ojos, cruel el gesto, ordenando:

—¡Quieto, príncipe!

Chong Ao quedó inmóvil. En el suelo, el cigarrillo lanzaba sus últimas chispas, ahora mansamente, casi terminada la carga… Se quedó mirándolo atónito, notando todavía en su rostro las pequeñas quemaduras.

—Camina hacia el rincón…, príncipe —rió secamente Brigitte.

Se había puesto en pie, y le apuntaba con tal firmeza que era absurdo esperar un descuido o una vacilación.

Chong Ao vio en los hermosos ojos algo que se iba congelando velozmente…, como si la dulzura de Baby quedase enterrada bajo la frialdad de los mutilados cadáveres de Simón y Simón. Pero Chong

Ao no sabía esto, y comenzó a suplicar…

—Brigitte, no me mates… ¡Te lo suplico! ¡No me mates!

—Los príncipes no suplican, Alteza. Pero las reinas pueden perdonar… De acuerdo: no voy a matarte. Pero apretó el gatillo de su pistola. La primera bala acertó a Chong Ao en un hombro; la segunda en un muslo; la tercera en un tobillo; la cuarta en una mano; la quinta en la otra mano… El «príncipe» de los espías quedó tendido en el suelo, gimiendo lastimeramente, llorando, sin fuerzas para moverse, sangrante… Brigitte recogió la enorme esmeralda, la miró curiosamente, y se acercó más a la luz. Tardó más de diez segundos en localizar la delgadísima estría por la que se abría la joyajoyero. Entonces dejó la pistola, colocó la joya entre sus dos manos, y movió éstas en direcciones opuestas sólo unos milímetros. Miró a Chong Ao, que había dejado de gemir y la miraba asombrado, sin comprender…

—Tienes razón, amor. Esta gran esmeralda puede abrirse… Casi está abierta ya… Imagino que si cayese al suelo, sólo del golpe se abriría… Habrá que tener mucho cuidado con ella… Bien, gran «príncipe»: te dejo aquí unos minutos. Tengo que ir a buscar a mis amigos. Luego pasaremos a por ti.

—Brigitte, no me mates… ¡No me mates!

—Palabra de reina, palabra sagrada: he dicho que no voy a matarte y no lo haré. —Se dirigió hacia la puerta, la abrió, y de pronto se volvió, sonriendo con una crueldad que sobrecogió al asiático—… ¿Sabes? Jamás perdono a quienes matan a mis compañeros de misión. Siempre los mato. Es… una antigua norma. Puedo perdonar mil cosas sucias, porque soy una espía y yo también hago cosas sucias. Puedo perdonártelo todo…, menos la muerte de Simón, de cualquiera de mis compañeros. Son hombres que la CIA coloca cerca de mí para ayudarme, para protegerme…, y no es la primera vez que uno de ellos muere… Por eso quiero a mi compañero Simón de turno, y cuando él muere yo muero un poco… Y aunque detesto matar, quien mata a Simón muere.

—¡Has dicho que no me ibas a matar! —chilló el asiático.

—¿Desconfías de la palabra de la reina, príncipe desdichado? No temas, no voy a matarte. Es más: incluso te devuelvo tu hermosa joya. Tómala, «príncipe».

Tiró la gran esmeralda hacia Chong Ao, pero sin que llegase

hasta éste. La piedra preciosa cayó al suelo, se abrió…, y Baby Montfort fue a buscar a sus compañeros de la CIA.

Había que hacer una profunda y discreta limpieza en el hotel. Demasiados cadáveres.

Este es el final

—¡Me importa un rábano que haya estado aquí mismo, en Bridgeport, o donde demonios sea…! ¡Usted es una empleada del Morning News, y tendrá que obedecerme o… o… o…!

Como no encontró nada más que decir, el congestionado Grogan golpeó la mesita con el puño. Inmediatamente el diminuto perro chihuahua empezó a ladrar agudamente, bien amparado en el regazo de su ama.

—Calla, Cicero —sonrió Brigitte—. El señor Grogan tiene razón: no debo marcharme sin permiso, pues para eso soy sólo una empleada. Claro que… hay un medio para dejar de serlo.

—¿Cree que me asusta? —Grogan la miró furiosamente—. ¡Por mí puede dejar el periódico cuando quiera!

—No me refería a eso, querido. Quería decir que si fuese la esposa del jefe podría dejar de acudir al trabajo siempre que quisiera… ¿No es cierto, Miky, querido?

Grogan quedó como quien recibe un tonel de agua helada por sorpresa. Tragó varias veces saliva, palideció, empezó a mover las cejas con aquel tic de felicidad, se arrodilló ante Brigitte, y le agarró una mano.

—Brigitte, ¿será posible que…? ¿De veras voy a tener la dicha de… de tenerla por esposa…?

—Claro que no, querido. —La pérfida espía se miró las uñas con displicente coquetería—. Era sólo una idea, una suposición. Y me alegra que le haya gustado.

Miky Grogan se puso en pie de un salto, más congestionado su rostro que antes. Estuvo tartamudeando de rabia, terminó por golpearse un puño contra el otro, y salió del saloncito como una locomotora…, cruzándose con Charles Alan Pitzer, que se apartó justo a tiempo para evitar ser arrollado.

—¡Caray! —resopló—. ¿Qué le pasa a Grogan, Brigitte?

—Tiene razón esta vez: me fui a Bridgeport sin avisarle.

—Ah, ya. Bueno, traigo un encargo para usted, un paquete.

Se lo tendió, y Brigitte lo tomó bajo la atenta mirada de Cicero. Abrió la caja, desenvolvió el objeto, y se quedó mirando con expresión de cómica espanto la gran esmeralda.

—¡Zambomba, tío Charlie! ¿Tiene algo contra mí? —exclamó.

—Aquel bichito ya no está. Se quedó muerto prendido en una pierna del falso Chong Ao Ben. Fue… una lástima que usted no pudiese evitar que la esmeralda cayera al suelo y se abriese.

Brigitte se miró graciosamente de nuevo las uñas, como si éstas fuesen el más bello y mayor espectáculo del mundo.

—Sí —dijo con súbito gesto de pena—… Fue una lástima.

—Quizá si lo hubiésemos atrapado vivo nos habría dicho algo del servicio de espionaje chino en Estados Unidos.

—Sí, es posible —admitió la divina, que contemplaba como fascinada sus uñas recién lacadas—, pero lo cierto es que el falso príncipe murió, y ya no vale la pena lamentarse. Dígame, tío Charlie: ¿por qué me ha traído la esmeralda?

—Es un regalo.

—¿De la siniestra CIA? —Simuló aterrarse Brigitte.

—No, no…

—¡Entonces es un regalo de usted!

—No, no… ¡Del presidente! Ha dicho que… que a los espías no se les puede conceder medallas y… y cosas de esas, pero… Bien, se la envía con sus mejores deseos. ¿Por qué no la abre?

La espía abrió la gran esmeralda, y se quedó mirando la enorme perla que había dentro, allá donde había estado la diminuta pero venenosísima najhira, la víbora de Tadún…

—Se diferencia bastante de una condecoración —murmuró Brigitte Baby Montfort—… Pero, de todos modos, el presidente ha sido muy amable: a las reinas nos encantan las perlas.

FIN

Notas

[1] Referencia a la aventura titulada *Viaje de placer*. <<